

# Handike



Alianza editorial

Desgracia  
impeorable

Peter Handke

# Desgracia impeorable

Relato

Traducción de Eustaquio Barjau  
con la colaboración de María Parés

**Alianza** editorial

# Índice

Desgracia impeorable

Nota del traductor

Créditos

*He not busy being born is busy dying.*

Bob Dylan

*Dusk was falling quickly. It was just after 7 p.  
m., and the month was October.*

Patricia Highsmith

*A Dog's Ransom*

En la sección de DIVERSOS de la edición dominical del *Volkszeitung*, de Carintia, venía: «En la noche del viernes al sábado una mujer de 51 años de edad, de A (municipio de G), madre de familia, se suicidó tomando una sobredosis de somníferos».

Ya han pasado casi siete semanas desde que murió mi madre y quisiera ponerme a trabajar antes de que la necesidad de escribir sobre ella, que en el entierro fue tan fuerte, se convierta de nuevo en aquel embotamiento, aquel quedarse sin habla con que reaccioné a la noticia de su suicidio. Sí, ponerme a trabajar; porque la necesidad de escribir algo sobre mi madre, por muy inopinadamente que se esté presentando aún de vez en cuando, es, por otra parte, algo tan difuso que en mi trabajo va a ser necesario que me esfuerce, simplemente para que no ocurra que con la máquina de escribir le esté dando siempre a la misma letra sobre el papel, que es justamente lo que ahora me saldría hacer. Sólo una terapia de movimiento como ésta no me serviría para nada, lo único que haría sería volverme aún más apático y pasivo. Lo que también podría hacer sería marcharme; además, yendo de viaje, este dormitar con la mente en blanco, este ir de un lado para otro sin hacer nada me pondrían menos nervioso.

Por otra parte, desde hace unas cuantas semanas estoy más irritable que de costumbre; el desorden, el frío y la calma hacen que apenas se me pueda decir nada; me agacho a coger cualquier vellón y cualquier miga de pan que haya en el suelo. A veces me sorprendo de que las cosas que llevo en la mano no me hayan caído ya al suelo hace rato, hasta tal punto pierdo de repente la sensibilidad al pensar en este suicidio. Y no obstante deseo ardientemente que lleguen estos momentos, porque entonces cesa este embotamiento y la mente se me aclara del todo. Es un terror en el que vuelvo a sentirme bien: por fin se acabó el aburrimiento, un cuerpo que no ofrece resistencia alguna, se acabaron las fatigosas lejanías, el tiempo pasa sin dolor.

En estos momentos lo peor sería la compasión de alguien, una mirada o incluso una palabra. Uno desvía la vista inmediatamente o ataja las palabras del otro; porque uno necesita la sensación de que lo que está viviendo en aquel preciso momento es algo incomprensible e incommunicable: sólo de este modo siente uno que el terror tiene sentido y es real. A la primera pregunta, a la primera interpelación vuelve enseguida el aburrimiento y de repente todo vuelve a perder su carácter de objeto. Y, no obstante, de vez en cuando, sin que ello tenga ningún sentido, les hablo a la gente del suicidio de mi madre y me irrita que se atrevan a hacer alguna observación a lo que digo. En estos casos lo que me gustaría sería que al momento desviarán mi atención hablándome de otra cosa y que me tomaran el pelo con algún pretexto.

Cuando, por ejemplo, James Bond, en su última película, al preguntarle alguien si su adversario –a quien él había tirado por el hueco de una escalera– estaba *muerto*, dijo: «¡Bueno, eso espero!», no pude menos que soltar una carcajada de alivio. Los chistes sobre la muerte y los muertos no me importan lo más mínimo, incluso me siento a gusto con ellos.

Los momentos de miedo, cuando se dan, son siempre muy breves; más que momentos de miedo son sensaciones de irrealidad; unos instantes después todo se vuelve a cerrar, y si uno está en compañía de otras personas, intenta inmediatamente dedicarles una especial atención, como si justo en el momento anterior uno hubiera sido incorrecto con ellos.

Por otra parte, desde que he empezado a escribir, esos estados, probablemente por el hecho mismo de que estoy intentando describirlos con la máxima precisión, me parecen como si estuvieran lejos y como si pertenecieran al pasado. Cuando los describo empiezo a pensar en ellos como si se tratara de un período concluido de mi vida, y el esfuerzo por recordar y encontrar formulaciones adecuadas exige tanto de mí que las breves ensoñaciones de las últimas semanas han pasado ya a ser algo extraño. Porque el hecho es que yo de vez en cuando tenía «estados especiales»: las imaginaciones de todos los días –algo que en definitiva no era más que la repetición mecánica, por enésima vez, de imaginaciones *iniciales*, imaginaciones que tenían ya años o decenios– de repente se escapaban cada una por su lado y la conciencia se quedaba dolorida, tal era el vacío que se había instalado de repente en ella.

Ahora esto ya ha pasado; ahora ya no tengo esos estados. Cuando escribo, escribo necesariamente sobre algo anterior, algo vivido, por lo menos en relación con el tiempo en el que estoy escribiendo. Llevo a cabo una ocupación literaria, como de costumbre, convertido –como si fuera algo externo, una cosa– en una máquina de recordar y encontrar formulaciones adecuadas. Y escribo la historia de mi madre, en primer lugar porque creo saber más de ella y del modo como murió que cualquier entrevistador ajeno a la cuestión, que, probablemente, sería capaz de resolver sin esfuerzo este interesante caso de suicidio echando mano de un cuadro sinóptico de los sueños en el que se manejaran categorías religiosas, sociológicas o de psicología individual; luego por interés propio, porque vuelvo a vivir cuando algo me tiene ocupado, y, por último, porque a esta MUERTE LIBRE, al igual que cualquier entrevistador que no tuviera nada que ver con ella –pero de otro modo–, quisiera convertirla en un caso.

Naturalmente todas estas razones son completamente arbitrarias y podrían ser sustituidas por otras igualmente arbitrarias. Lo que allí ha habido, justamente, han sido momentos de una extrema mudez y la necesidad de encontrar una formulación adecuada para estos momentos, los mismos motivos de escribir de siempre.

Cuando llegué para el entierro, en el pequeño billetero de mi madre encontré todavía un resguardo de correos que llevaba el número 432. La misma tarde del viernes, a última hora, antes de ir a casa y tomarse las tabletas, me había mandado a Frankfurt una carta certificada junto con una copia, hecha con papel de calco, del testamento. (Pero, ¿por qué URGENTE?). El lunes había estado yo en la misma estafeta de correos para llamar por teléfono. Esto ocurría dos días y medio después de su muerte, y sobre la mesa, delante del funcionario de correos, vi el rollo amarillo con la etiqueta del certificado: entre tanto se habían mandado nueve cartas certificadas, el número siguiente era ahora el 442, y esta imagen era tan parecida al número que yo tenía en la cabeza, que al principio me confundí y por unos instantes creí que todo era falso. Las ganas de contarle a alguien esto me ponían auténticamente de buen humor. Era un día tan claro; la nieve; estábamos tomando sopa de albóndigas; «la cosa empezó así...»: si uno empezara a contar algo de esta manera, todo sería como inventado, uno no forzaría al oyente o al lector a

tomar parte personalmente en algo, sino que lo único que haría sería relatar una historia, con su buena dosis de fantasía.

De modo que la cosa empezó así: mi madre nació hace más de cincuenta años en el mismo lugar en el que luego moriría. Lo que había de útil en aquella región pertenecía por aquel entonces a la iglesia o a terratenientes nobles; una parte estaba arrendada a la población, que estaba formada fundamentalmente por artesanos y pequeños campesinos. La falta general de recursos era tan grande que el poseer una pequeña parcela de terreno era todavía algo muy poco frecuente. Prácticamente reinaba aún el estado anterior a 1848, con la sola diferencia de que la esclavitud formal había sido abolida. Mi abuelo – todavía vive, y tiene ochenta y seis años– era carpintero y, con la ayuda de su mujer, cultivaba algunos campos de labor y se ocupaba de algunas praderas, por todo lo cual pagaba anualmente una renta. Era de origen eslovaco e hijo natural, como la mayoría de los habitantes de aquella región, que eran pequeños campesinos, gente que, aun mucho después de la pubertad, no disponían de medios para casarse ni de espacio para llevar una vida matrimonial. Su madre al menos era hija de un campesino bastante adinerado en cuya casa –malamente acomodado, como siervo– vivía el padre de mi abuelo, para él sólo en calidad de «procreador»; de este modo, sin embargo, mi bisabuela tuvo los medios suficientes para comprarse una pequeña hacienda.

Después de generaciones de siervos sin bienes, con la partida de nacimiento rellena sólo a medias, que nacían y morían en habitaciones ajenas, que apenas dejaban herencia porque su única propiedad, el traje de los domingos, se la metían en la tumba, mi abuelo creció como el primero de un mundo en el que podía realmente sentirse en casa sin necesidad de que lo soportasen solamente a cambio del trabajo diario.

A modo de defensa de los principios económicos del mundo occidental, hace poco, en la sección de economía de un periódico se leía que la propiedad era LIBERTAD CONVERTIDA EN ALGO CONCRETO. En aquel tiempo, para mi abuelo, como primer propietario –por lo menos como primer propietario de bienes inmuebles– dentro de una serie de personas sin medios y por tanto sin poder, es posible que esto fuera todavía verdad: la conciencia de

poseer alguna cosa era algo tan liberador que, después de generaciones y generaciones sin voluntad alguna, de repente era posible que adquiriera forma una voluntad: llegar a ser todavía más libre, y esto significaba sólo una cosa – y para mi abuelo, en sus circunstancias, con razón–: aumentar la propiedad.

Sin embargo, la propiedad inicial era tan pequeña que, sólo para mantenerla, era necesario casi que uno trabajara con todas sus fuerzas. De ahí que la única posibilidad que le quedaba a uno era la de los pequeños propietarios ambiciosos: el ahorro.

Así pues, mi abuelo ahorró, hasta que en la inflación de los años veinte perdió todos sus ahorros. Entonces empezó a ahorrar de nuevo, no sólo haciendo acopio del dinero que le sobraba sino sobre todo reprimiendo sus propias necesidades y pensando que sus hijos iban a ser capaces de esta monstruosa falta de necesidades; su mujer, como mujer, desde que nació no pudo ni siquiera soñar en otra cosa.

Siguió ahorrando esperando EQUIPAR a sus hijos para cuando se casaran o empezaran a ejercer una profesión. Utilizar antes los ahorros para la FORMACIÓN de aquéllos era algo que, por ley natural –sobre todo en lo que concernía a su hija–, no le podía ni pasar por la imaginación. Y en los hijos varones las seculares pesadillas de los desposeídos, que dondequiera que estuvieran se sentían extraños, las tenían aún tan metidas en la sangre, que uno de ellos, que había obtenido una beca en un colegio de enseñanza media, más por casualidad que por voluntad propia, después de unos cuantos días no pudo resistir más la vida fuera de su mundo, recorrió de noche a pie los cuarenta kilómetros que separaban la capital de su casa y, sin decir una sola palabra – era un sábado, el día en que normalmente se hacía limpieza general, de la casa, el patio y las dependencias exteriores–, se puso a barrer el patio; el ruido que hacía con la escoba, al amanecer, era ya una señal suficientemente clara. Dicen que luego, como carpintero, fue muy eficiente y llegó incluso a estar contento con su oficio.

Él y su hermano mayor murieron pronto, en la segunda Guerra Mundial. Entre tanto mi abuelo había vuelto a ahorrar y había vuelto a perder sus ahorros con el paro de los años treinta. Ahorraba, y esto quería decir que no bebía ni fumaba; apenas jugaba. El único juego que se permitía eran las cartas los domingos; pero hasta el dinero que ganaba con el juego –y jugaba con tal

tino que casi siempre ganaba— era para sus ahorros; todo lo más les metía a sus hijos alguna monedita en el bolsillo. Después de la guerra empezó a ahorrar otra vez, y hasta hoy, como pensionista, no ha dejado de hacerlo.

El hijo que le queda, como carpintero, que da trabajo incluso a veinte obreros, ya no necesita ahorrar: invierte; y esto significa además que *puede* beber y jugar; incluso es normal que esto sea así. De este modo, en contraposición con su padre, que estuvo callado toda la vida y que se había prohibido disfrutar de nada, ha encontrado una especie de lenguaje, aunque sólo lo use para representar, como concejal, a un pequeño partido olvidado del mundo y que sueña en un gran futuro basándose en un gran pasado.

Nacer mujer en un mundo así es ya de antemano algo mortal. Sin embargo, se puede decir también que es tranquilizador: por lo menos no hay ningún miedo al futuro. En las ferias, las mujeres que echaban la buena ventura sólo se lo tomaban en serio cuando leían el futuro en la mano de los chicos; en las mujeres este futuro no era más que una broma.

Ninguna posibilidad, todo previsto de antemano: pequeños coqueteos, una risa ahogada, unos momentos de azoramiento, luego, por primera vez, la cara lejana, controlada con la que una empezaba de nuevo a ocuparse de la casa; los primeros hijos; quedarse un poco después del trabajo de la cocina; que por principio no la escuchen a una; ir dejando cada vez más de escuchar a los otros; hablar sola; luego las molestias en las piernas, varices, un murmullo en el sueño sólo, cáncer de matriz, y con la muerte se cumplen al fin los destinos de la Providencia. No olvidemos que los distintos pasos de un juego al que en aquella región jugaban mucho las niñas se llamaban así: Cansancio / Agotamiento / Enfermedad / Enfermedad grave / Muerte.

Mi madre era la penúltima de cinco hijos. En la escuela se reveló como una alumna inteligente; los profesores le ponían las mejores notas, elogiaban sobre todo su buena letra y el esmero que ponía en sus trabajos escritos; luego se acabaron los años de colegio. Aprender había sido sólo un juego de niños. Una vez terminada la escolaridad obligatoria, este juego se convirtió en algo innecesario. En la casa las mujeres se acostumbraban a su futura vida doméstica.

No había ningún miedo, a excepción del que tiene toda criatura en la oscuridad y en la tormenta; los únicos cambios eran calor y frío, mojado y

seco, bienestar y malestar.

El tiempo pasaba entre festividades religiosas, bofetadas por haber ido a bailar a escondidas, envidiar a los hermanos, gusto por cantar en el coro. Lo que pasaba en el resto del mundo quedaba envuelto entre una bruma; no se leían más periódicos que la hoja dominical de la diócesis, y en ella sólo la novela por entregas.

Los domingos: el cocido de vaca, con salsa de rábano picante; la partida de cartas, las mujeres sentadas allí humildemente, una foto de la familia con el primer aparato de radio.

Mi madre tenía una naturaleza vital y dinámica; en las fotos apoyaba las manos en las caderas o rodeaba con su brazo los hombros del hermano menor. Se reía siempre y parecía que no podía evitarlo.

Lluvia –sol, fuera– dentro; los sentimientos de las mujeres eran algo que dependía mucho del tiempo, porque las más de las veces el «fuera» sólo podía ser el patio, y el «dentro» exclusivamente la casa, sin una habitación propia.

El clima cambia mucho en esta región: inviernos fríos y veranos bochornosos, pero cuando se ponía el sol, fuera, a la sombra de los árboles uno empezaba a tiritar de frío. Mucha lluvia: ya desde principios de septiembre era frecuente que durante días enteros hubiera una niebla húmeda delante de las ventanas, que eran mucho más pequeñas de lo normal y que hoy en día apenas se construyen de un tamaño algo mayor; gotas de agua en las cuerdas de tender la ropa, sapos que en la oscuridad saltaban delante de uno de un lado al otro del camino; mosquitos, insectos, mariposas de noche incluso durante el día; gusanos y cucarachas debajo de cada uno de los troncos cortados de la leñera: había que acostumbrarse a esto, no había otra cosa. Raras veces sin deseos y con un vago bienestar, las más de las veces sin deseos y con una vaga infelicidad.

No había ninguna posibilidad de comparación con otra forma de vida: ¿no había tampoco otras necesidades?

La cosa empezó así: de repente a mi madre le entraron ganas de hacer algo: quería aprender alguna cosa; porque aprendiendo, cuando era niña, había sentido algo de sí misma. Fue como cuando uno dice: «Me siento a mí mismo». Por primera vez un deseo; y un deseo, además, que se formula, una y otra vez, un deseo que al final se convirtió en una idea fija. Mi madre contaba

que le había «mendigado» a mi abuelo que le dejara aprender algo. Pero de esto no se podía ni hablar: un ademán era suficiente para zanjar la cuestión; un signo negativo con la mano, aquello era algo impensable.

Sin embargo, entre la gente había un respeto tradicional por los hechos consumados: un embarazo, la guerra, el Estado, los usos y costumbres y la muerte. Cuando mi madre, con quince o dieciséis años, se marchó de casa sin más y empezó a aprender cocina en un hotel que estaba a orillas del lago, mi abuelo dejó que hiciera su voluntad, *porque ya se había marchado*; por lo demás, en la cocina había poco que aprender.

Pero ya no había más que estas posibilidades: ayudar a fregar los platos, camarera, pinche de cocina, cocinera. «Comer se comerá siempre.» En las fotos, una cara colorada, mejillas brillantes, cogida del brazo de amigas tímidas y serias que ella se había traído; una alegre seguridad en sí misma: «¡Ya no me puede pasar nada!». Un gusto franco, desbordante por estar con otra gente.

La vida en la ciudad: vestidos cortos («unos trapitos»), zapatos de tacón alto, permanente y pendientes de clip, una despreocupada alegría de vivir: ¡Incluso una estancia en el extranjero!, como camarera en la Selva Negra, muchos ADMIRADORES, ¡no hizo caso a ninguno! Salir, bailar, divertirse, hacer bromas: al miedo a la sexualidad se lo disfrazaba así: «de todos modos no me gustaba ninguno». El trabajo, la diversión; sentirse bien, sentirse mal; por la radio Hitler tenía una voz agradable.

La nostalgia de aquellos que no pueden permitirse nada: otra vez al hotel del lago, «ahora ya llevo la contabilidad»; certificados llenos de elogios: «La señorita... ha dado pruebas de buena disposición y capacidad de aprender. Por su aplicación y su talante abierto y alegre nos resulta duro... Deja nuestra casa por voluntad propia». Viajes en bote, noches enteras bailando, sin cansarse.

El 10 de abril de 1938: el ¡Sí! de los alemanes. «A las 16 horas 15 minutos, después de un recorrido triunfal por las calles de Klagenfurt, a los acordes de la marcha de Badenweiler<sup>1</sup>, entró el Führer. El júbilo de las masas parecía no conocer límites. En el lago de Wörth, en el que el hielo se había derretido ya, se reflejaban los miles de banderas con la cruz gamada de los balnearios y estaciones veraniegas. Los aparatos del viejo Reich y nuestros aviones volaban compitiendo con las nubes.»

En los periódicos se anunciaban insignias electorales y banderas, que podían ser de seda o sólo de papel. Los equipos de fútbol, después de terminar el partido, se despedían con el reglamentario *Sieg Heil*. Los coches, en vez de llevar la A en la matrícula, llevaban la D. Por la radio: 6,15, órdenes; 6,35, el lema; 6,40, gimnasia; 20,00, música de Richard Wagner; hasta la medianoche, variedades y música de baile desde la emisora imperial de Königsberg.

«Así es como debe estar tu papeleta de voto el 10 de abril: en el *gran* círculo que hay debajo de la palabra sí debes poner una cruz, con trazos *firmes*.»

Los ladrones reincidentes que acababan de soltar se denunciaban a sí mismos alegando que los objetos robados los habían comprado en almacenes que, por haber pertenecido a judíos, YA NO EXISTÍAN.

Proclamas con desfiles de antorchas y solemnidades; los edificios, equipados con las nuevas insignias, tenían su LADO FRONTAL y SALUDABAN; los bosques y las cumbres de las montañas SE ATAVIABAN; a la población del campo los acontecimientos históricos se le presentaban como un espectáculo de la Naturaleza.

«Estábamos bastante excitados», contaba mi madre. Por primera vez hubo experiencias de vida en común. Incluso el aburrimiento de los días de labor se convertía en un clima festivo «hasta altas horas de la noche». Por fin se revelaba una gran coherencia en todo lo que hasta ahora había sido incomprensible y extraño: las cosas se ordenaban poniéndose en relación unas con otras e incluso el trabajo, que tenía un automatismo alienante, adquirió sentido, se convirtió en una fiesta. Los movimientos que uno llevaba a cabo en este trabajo, debido a la conciencia de que al mismo tiempo los estaban realizando infinidad de otros seres, se ensamblaban formando un ritmo deportivo... y con ello la vida cobraba una forma en la que uno se sentía bien arropado y, sin embargo, libre.

El ritmo se convirtió en parte de la existencia: «La utilidad pública pasa por delante de la utilidad privada. El sentido general pasa por delante del sentido particular». De este modo uno estaba en casa en todas partes, ya no había añoranza del propio país. Gran número de direcciones en el reverso de las fotos; por primera vez se procuró uno una agenda (¿o se la regalaron?): de

repente tenía uno tantos conocidos y ocurrían tantas cosas, que uno hasta podía OLVIDAR algo. Ella siempre había querido estar orgullosa de algo; como ahora todo lo que uno hacía era de un modo u otro importante, ella estaba realmente orgullosa, no de algo concreto, sino orgullosa en general, como actitud y como expresión de haber conseguido al fin un sentimiento de vida; y a este vago orgullo no quería renunciar.

La política seguía sin interesarle: lo que ocurría de un modo tan manifiesto era para ella algo completamente distinto, un baile de máscaras, el reportaje semanal de la UFA2 («Gran espectáculo de actualidades» – «Dos semanas de música»), una festividad laica. «La política» era algo inmaterial, abstracto, no era, por tanto, una fiesta de disfraces, una danza en corro, una banda uniformada con trajes regionales; en todo caso nada que se pudiera VER. Adondequiera que uno mirara, pompa y esplendor, y «la política» entonces, ¿era algo?: una palabra que no era ningún concepto, porque, al igual que todos los conceptos políticos, los libros de texto de la escuela, se la habían metido a uno con un embudo, sin que tuviera relación con nada palpable, real, sólo como un eslogan, o bien, si lo hacían de un modo plástico, bajo la forma de una alegoría ajena a los humanos; la opresión era una cadena o el tacón de una bota; la libertad, la cima de una montaña; el sistema económico, la chimenea de una fábrica que echaba humo de un modo tranquilizador o la pipa de las horas de ocio; el sistema social, una escala de grados formada por «emperador - rey - noble / burgués - campesino - tejedor / carpintero - mendigo - sepulturero»: un juego, por lo demás, al que sólo se podía jugar, sin que faltaran jugadores, en las familias numerosas de los campesinos y tejedores.

Esta época ayudó a mi madre a salir de sí misma y a hacerse independiente. Adquirió un cierto aplomo, perdió sus últimos temores a que la gente la tocara: un gorrito ladeado porque un chico apoyaba su cabeza contra la suya mientras ella reía complacida ante la cámara. (La ficción de que las fotos pueden «decir» este tipo de cosas: pero, de todos modos, cualquier formulación de algo que realmente ha ocurrido, ¿no es algo más o menos ficticio?, *menos* si uno se conforma con relatar simplemente lo que ha ocurrido; *más* cuanto mayor sea la precisión de las formulaciones que uno

busca. Y cuanto más finja uno, tanto más interesante se va a hacer la historia, incluso para las otras personas, porque uno puede identificarse antes con formulaciones que con meros hechos relatados. ¿De ahí la necesidad de la poesía? «Asfixiándose a la orilla de un río», dice una formulación de Thomas Bernhard.)

La guerra, una serie de partes radiofónicas anunciando éxitos con música a todo volumen que salía de la tela tensada del altavoz de los «receptores populares» –encendidos de un modo misterioso en la oscuridad de «los más apartados rincones»–, intensificaba todavía más el sentimiento de uno mismo, «aumentando la incertidumbre de todas las cosas» (Clausewitz) y confirmando un inquietante carácter casual a lo que antes era una evidencia cotidiana. Para mi madre, a diferencia de lo que luego iba a ocurrir conmigo, esto no fue uno de aquellos fantasmas de los primeros años de la infancia que luego van a determinar el futuro mundo sentimental de uno, sino que al principio fue sólo la experiencia de un mundo legendario que hasta entonces todo lo más había visto en los prospectos. Un nuevo sentido de las distancias, de aquello que ANTES estaba en PAZ, y sobre todo de los demás, individualmente, de aquellos que hasta entonces sólo habían jugado papeles vacíos de contenido, el papel de compañero, de pareja –en el baile–, de colega. Por primera vez un sentido de familia: «Querido hermano...: Miro en el mapa el lugar donde ahora podrías estar. Tu hermana...».

Y así el primer amor: un alemán del Partido, que en la vida civil era empleado en una Caja de Ahorros, y en el ejército, como contable, era alguien... y enseguida un embarazo. Estaba casado y ella lo quería, mucho; escuchaba todo lo que le decía. Lo presentó a sus padres, hacía excursiones con él por los alrededores, lo acompañaba en su soledad de soldado.

«Era tan atento conmigo... y además no me daba miedo, como me ocurría con los otros hombres.»

Él decidía y ella se amoldaba a todo. Una vez él le hizo un regalo: un perfume. Además le prestó una radio, para su habitación, y luego, más tarde, fue a recogerla. «En aquel tiempo» él aún leía, y leían juntos un libro titulado *Junto a la chimenea*. En una excursión que hicieron a las montañas, al bajar corrían un poco y a mi madre se le escapó un viento, y mi padre le llamó

la atención; luego siguieron andando y quien soltó un pedo fue él, y carraspeó. Más tarde, cuando me lo contaba, de la risa que le daba se hacía un ovillo, se reía con una risita contenida y malévola y, sin embargo, con mala conciencia porque justamente estaba hablando mal de su único amor. Ella misma se reía pensando que en alguna ocasión había estado enamorada, y justamente de un hombre como éste. Él era más bajo que ella, le llevaba muchos años, era casi calvo del todo; ella, a su lado, andaba con zapatos planos, cambiando el paso continuamente para seguirle a él, cogida de un brazo que la rechazaba, del que se escurría continuamente, una pareja desigual, que incitaba a la risa... y sin embargo, veinte años después, todavía anhelaba poder volver a sentir por alguien algo parecido a lo que había sentido antaño, después de las mezquinas atenciones recomendadas por Knigge<sup>3</sup>, por este ser de Caja de Ahorros. Pero ya no había OTRO: la vida la había educado para un amor que debía quedar fijado en un objeto no intercambiable, no sustituible.

Después del examen de reválida vi a mi padre por primera vez: antes de la cita me crucé con él casualmente por la calle; sobre la nariz, quemada por el sol, llevaba un papel doblado; iba calzado con sandalias y llevaba un perro *collie* cogido de la correa. En un pequeño café del lugar en el que ella había nacido se iba a encontrar con la que había sido su amada; la madre, nerviosa; el padre, desconcertado y sin saber qué hacer; yo estaba a mucha distancia, junto a la máquina de discos, y apreté el botón de *Devil in Disguise* de Elvis Presley. El marido estaba al corriente de todo, sin embargo, a modo de señal, lo único que hizo fue mandar a su hijo pequeño al café; allí el niño se compró un helado; luego se quedó de pie junto a la madre y el extraño, y de vez en cuando le preguntaba a su madre, siempre con las mismas palabras, cuándo por fin iría a casa. Mi padre se puso unos cristales oscuros sobre las gafas, hablando de vez en cuando con el perro, y luego quiso pagar —«pago yo»—; «no, no, te invito», decía cuando mi madre sacaba el monedero del bolso. Durante el viaje de vacaciones que hicimos juntos mi padre y yo mandamos a mi madre una postal escrita por los dos. En todos los sitios donde parábamos mi padre decía a todo el mundo que yo era su hijo, porque de ningún modo quería que nos tomaran por homosexuales («Los del 175»)<sup>4</sup>. La vida lo había decepcionado; se encontraba cada vez más solo. «Desde que conozco a los hombres, amo a los animales», decía; naturalmente sin creérselo del todo.

Poco antes del parto mi madre se casó con un suboficial de la Wehrmacht que hacía tiempo que la ADORABA y a quien no le importaba que tuviera un hijo de otro. «¡Ésta o ninguna!», pensó así que la vio por primera vez, y al momento apostó con sus amigos a que sería suya, o, mejor dicho, a que ella le elegiría a él. A ella él le resultaba repulsivo, pero, de tanto decírselo, al fin le metieron en la cabeza que debía ser consciente de sus obligaciones (darle un padre al hijo): por primera vez se dejó intimidar; se le pasaron un poco las ganas de reírse. Por otra parte, la impresionaba que a alguien se le hubiera metido en la cabeza la idea de conseguirla, precisamente a ella.

«Yo creía que, de todos modos, iba a morir en la guerra», contaba. «Pero luego, de repente, tuve miedo por él.»

Por lo menos ahora tenía derecho a pedir un préstamo por matrimonio. Se marchó con el niño a Berlín, a casa de los padres de su marido. La soportaban. Caían ya las primeras bombas; se volvió a su casa, la eterna historia; volvió a reírse; muchas veces, al reírse, gritaba de tal modo que uno se sobresaltaba.

Al marido lo olvidó; apretaba al niño contra su pecho con tal fuerza que éste lloraba; como un animal en su madriguera, se ocultó en la casa, donde después de la muerte de los hermanos, todo el mundo, sin poder explicarse lo que ocurría, evitaba la mirada de los otros. ¿No ocurrió nada más? ¿Había terminado todo? Misas de difuntos, las enfermedades de los niños, cortinas corridas, correspondencia con la gente que uno conocía de tiempos mejores, ayudar en la cocina y en el trabajo del campo, del que uno salía continuamente para poner al niño en la sombra; luego las sirenas de alarma, incluso en el campo; la gente corriendo a las grutas habilitadas como refugios antiaéreos; en el pueblo, el primer hoyo, en forma de embudo, causado por la caída de una bomba, después lugar de juego para los niños y vertedero.

Hasta la misma claridad del día se convirtió en algo fantasmal, y el mundo en torno, al que el trato diario de toda la vida había liberado de las pesadillas de la infancia –como exudándolas– y había hecho familiar, turbaba de nuevo los espíritus en forma de impalpable aparición.

Ante todo lo que ocurría mi madre se quedaba como boquiabierta. Aquello no la hizo miedosa. Todo lo más, contagiada por el miedo general, se echaba a reír, sólo un momento, porque al mismo tiempo le daba vergüenza que, de repente, el cuerpo se independizara con este descaro. «¿No te da vergüenza?»,

o bien «Debería darte vergüenza», había sido la frase con la que los demás estaban dirigiendo siempre la conducta de la niña y sobre todo de la adolescente. Unas palabras sobre la vida íntima de la mujer, en este contexto católico-moral, eran ante todo una indiscreción y una falta de control sobre uno mismo; una mirada de reojo que se prolongaba hasta que la vergüenza tomaba forma de postura graciosa; no sólo esto, hasta que en el meollo mismo de la persona, esta vergüenza llegara a asustar los sentimientos más elementales. «Rubor femenino» incluso en la alegría, porque de esta alegría lo que había que hacer era avergonzarse; en la tristeza las mujeres no palidecían sino que se ruborizaban y, en vez de romper en lágrimas, rompían en sudor.

Mi madre creyó haber encontrado en la ciudad la forma de vida que correspondía un poco a su modo de ser, una forma de vida en la que por lo menos se sentía a gusto; ahora se daba cuenta de que la forma de vida de los otros, al excluir cualquier otra posibilidad, se presentaba con un *contenido* vital que era el único que hacía feliz a la gente. Cuando hablaba de sí misma, con una frase en la que se contara algo, una simple mirada bastaba para hacerla callar.

La alegría de vivir –un paso de baile durante el trabajo, tararear una canción de moda– eran pamplinas; como nadie secundaba estas frivolidades y una estaba sola con ellas, pronto acabó pensando lo mismo. Al mismo tiempo los otros vivían su propia vida de un modo público, para dar ejemplo; comían tan poco para dar ejemplo; no hablaban de sí mismos para dar ejemplo; iban a confesarse para recordarle sus pecados al que se había quedado en casa.

De este modo se obligaba a la gente a pasar hambre. El más mínimo intento de ponerse en claro con uno mismo era sólo un par de cortes pronunciados entre dientes. Uno se sentía libre, sí, pero ni siquiera podía expresarlo. Es verdad que los otros eran niños, pero a uno le angustiaba que fueran precisamente niños los que le miraban con esta expresión de censura.

A poco de terminar la guerra mi madre se acordó de su marido y, aunque nadie la había reclamado, volvió de nuevo a Berlín. También el marido se había olvidado de que en cierta ocasión, en una apuesta, había salido a buscarla, y vivía con una amiga; no había que olvidar que se estaba en guerra.

Pero ella se había llevado al hijo y, sin ningunas ganas, cumplieron los dos su obligación.

Realquilados en una gran habitación de Berlín-Pankow; el marido, conductor de tranvías, bebía; cobrador de tranvías, bebía; panadero, bebía; la madre, con el niño pequeño –había tenido otro–, iba una y otra vez al que les proporcionaba el pan y le pedía que intentara otra vez..., la eterna canción.

En esta vida de miseria mi madre perdió los mofletes de campesina y se convirtió en una mujer francamente elegante. Andaba con la cabeza erguida y adquirió un cierto porte. Ahora estaba en situación de poder ponérselo todo, y se lo ponía todo. No necesitaba echarse una piel de zorro a los hombros. Cuando el marido, otra vez sobrio, después de la borrachera, la cogía del brazo y le demostraba que la quería, ella le sonreía con una compasión despiadada. Ya nada la inmutaba.

Salían mucho y hacían una buena pareja. Cuando estaba bebido se ponía INSOLENTÉ y ella tenía que ponerse SERIA con él. Entonces la pegaba, porque ella no tenía por qué decirle nada, y en definitiva quien llevaba el dinero a casa era él.

Sin que él se enterara, ella se provocó un aborto con una aguja.

Durante un tiempo él estuvo viviendo con sus padres; luego lo mandaron otra vez con ella. Recuerdos de infancia: el pan tierno que él llevaba a veces a casa; los panecillos negros, llenos de grasa, en torno a los cuales florecía la sórdida habitación, las palabras de elogio de su madre.

En estos recuerdos en general hay más cosas que personas, una peonza dando vueltas en una calle desierta en medio de ruinas, copos de avena en una cucharita de café, una papilla en un cuenco de hojalata en el que la marca estaba en ruso; y de las personas sólo detalles: cabellos, las mejillas, cicatrices nodulosas en los dedos; mi madre, de cuando era niña, tenía en el dedo índice un corte que había cicatrizado sin piel, y en esta protuberancia dura es donde nos sujetábamos cuando íbamos con ella.

Así pues, mi madre en estos momentos no había llegado a ser nada ni podía llegar a ser nada; esto ni siquiera hacía falta que se lo pronosticaran. Hablaba ya de «en mis tiempos», a pesar de que aún no tenía treinta años. Hasta aquel momento no había «aceptado» nada; ahora las circunstancias eran tan precarias que por primera vez tuvo que sentar la cabeza. Aceptó ser sensata sin entender nada.

Había empezado ya a pensar en algo, e incluso, en la medida en que esto era posible, había intentado vivir según lo que había pensado; luego el «¡cuidado!» –el reflejo de la sensatez–, «¡pero si no digo nada!».

De este modo la metieron dentro de una clasificación, y ella, por su parte, en lo tocante a personas y cosas, aprendió también a clasificar, a pesar de que en esto apenas había nada que aprender: la gente –un marido al que no se le podía decir nada, unos hijos a los que aún no se les podía decir nada– apenas contaba, y, por lo que hace a las cosas, en realidad sólo podía disponer de ellas en pequeñísimas cantidades; de este modo no tuvo más remedio que ser mezquina y hacendosa: los zapatos del domingo no había que ponérselos durante la semana; cuando se venía de la calle había que colgar enseguida el vestido en la percha; la cesta de malla de la compra no era para jugar; el pan tierno, mañana. (Incluso el reloj que me regalaron para la confirmación, inmediatamente después de la ceremonia me lo quitaron y lo guardaron bajo llave.)

De puro desvalimiento tomó una actitud de dominio y contención, y esto iba más allá de sus fuerzas. Se volvió susceptible y lo disimulaba con una dignidad forzada y medrosa, bajo la cual, a la más mínima ofensa, asomaba enseguida un rostro en el que se reflejaba la indefensión y el pánico. Era muy fácil humillarla.

Al igual que su padre, pensaba que ya no se podía permitir nada y, no obstante, con una risa de vergüenza, les pedía a los niños que le dejaran dar una chupadita en un dulce.

Los vecinos la querían y la miraban con asombro; era un ser sociable, a la austríaca, le gustaba cantar; una persona RECTA, no era coqueta ni remilgada como la gente de la gran ciudad; no se le podía reprochar nada. Hasta con los rusos se llevaba bien, porque podía entenderse con ellos en esloveno. Hablaba mucho, les decía muchas cosas; simplemente agotaba el vocabulario que tenía en común con ellos; esto la liberaba.

Pero nunca tuvo ganas de correr una aventura. Cuando pensaba en ello se sentía mal; el pudor que le habían estado predicando siempre y que se había convertido en algo consustancial a ella. Una aventura sólo podía imaginársela en el caso de que alguien «quisiera algo» de ella; y esto le daba miedo, la hacía echarse para atrás; y en el fondo lo que ocurría era que ella no quería

nada de nadie. Los hombres con los que a ella luego le gustaba estar eran CABALLEROS; como ternura le bastaba la sensación agradable que tenía en su compañía. El mero hecho de que hubiera alguien con quien hablar la liberaba y casi la hacía feliz. Ya no dejaba que se le acercara nadie; hubiera tenido que ser con aquella cautela que en alguna ocasión la había hecho sentirse alguien... pero esto ella sólo lo vivía en sueños.

Se convirtió en un ser neutral, se exteriorizaba en el trajín diario.

No era un ser solitario, todo lo más se sentía como algo a medias. Pero no había nadie que la complementara. «Nos complementábamos tan bien», decía ella hablando de la época en la que estuvo con el empleado de la Caja de Ahorros; éste hubiera sido su ideal de amor eterno.

La posguerra; la gran ciudad: una vida urbana como antes no era posible en esta ciudad. Subiendo y bajando por los montones de escombros de un lado al otro de la urbe, para atajar; y, no obstante, en las largas colas de espera tenía que estar bastante atrás, desplazada por contemporáneos suyos, convertidos para ella en codos, mientras miraban hacia arriba con aire distraído. Una breve risa de infelicidad; una mirada que, huyendo de uno, se pasea por el aire, como la de los otros; sorprendida mostrando una necesidad, como ellos; orgullo ofendido; intentos de imponerse aún; algo penoso, porque precisamente por esto podían a uno confundirlo, intercambiarlo con los que lo rodeaban: una cosa que choca con las demás y contra la que las demás chocan, que empuja y a la que empujan, que echa pestes y contra la que echan pestes.

La boca, que hasta ahora todavía era capaz de quedarse abierta unos momentos, en el pasmo juvenil (o en el hacer como-si de las mujeres), en la timidez rural, saliendo de sus fantasías diurnas –un sueño que aligeraba su corazón–, en esta nueva situación vital se cerraba herméticamente, de un modo exagerado, como señal de adaptación a la decisión tomada por todo el mundo, una decisión que, como apenas había nada a lo que uno pudiera decidirse de un modo *personal*, sólo podía ser un espectáculo.

Una cara de máscara –no con la rigidez de una máscara sino con la movilidad de una máscara–, una voz afectada que, por miedo a llamar la atención, no sólo se esforzaba por imitar el otro dialecto sino que incluso repetía los giros extranjeros –«¡que aproveche!», «¡quita las patas de ahí!»,

«¡hoy vuelves a comer como una lima!»—; una actitud corporal copiada de los otros, con un contoneo de caderas, un pie delante del otro..., todo esto no para convertirse en otra persona sino para convertirse en un TIPO: de una imagen de preguerra a una imagen de posguerra, de una campesina a un producto de la gran ciudad para el que bastaba esta descripción: ALTA, DELGADA, DE CABELLO OSCURO.

En una descripción así, como tipo, uno se sentía liberado incluso de su propia historia, porque el modo como uno se sentía a sí mismo se parecía al modo como un extraño enjuicia a otro como objeto erótico, con sólo verlo.

De esta forma, una vida interior que jamás tuvo la posibilidad de llegar a un estado de tranquilidad burguesa adquirió, por lo menos de una manera superficial, una cierta consistencia en la desvalida imitación del sistema burgués con el que la gente clasificaba el trato entre unos y otros, sobre todo tratándose de mujeres; un sistema en el que el otro es mi tipo pero yo no el suyo, o yo el suyo pero él no el mío, o en el que somos el uno para el otro, o en el que uno no puede ver al otro ni en pintura; un sistema, pues, en el que todas las formas de trato hasta tal punto están concebidas ya como reglas obligatorias, que cualquier conducta *particular* en la que uno, por encima de lo habitual, se acomode un poco al otro significa sólo una excepción a estas reglas. «En realidad no era mi tipo», decía, por ejemplo, mi madre de mi padre. De este modo la gente vivía según esta doctrina de los tipos; en ella se encontraba uno agradablemente convertido en objeto, y de esta manera nadie padecía ya por causa de sí mismo, ni por su origen, ni por su individualidad, tal vez, de tener caspa o los pies sudados, ni por las condiciones de supervivencia, que cada día eran distintas; de su soledad vergonzante y de su aislamiento salía un pequeño ser humano en forma de tipo; allí se perdía y, no obstante, allí era alguien, aunque sólo fuera en el momento de pasar por delante de otro.

De este modo la gente iba por la calle así sólo, flotando, llevado en volandas por todo aquello ante lo cual podía pasar sin preocuparse, rechazado por todo aquello que exigía detenerse y le volvía a importunar a uno con uno mismo: las colas, un puente elevado sobre el Spree, un escaparate en el que hubiera cochecitos de niño. (Sin que nadie lo supiera se había provocado otro aborto.) Buscando desasosegadamente no perder el sosiego; sin descanso para

liberarse de uno mismo. Lema: «Hoy no quiero pensar en nada, hoy sólo quiero pasarlo bien».

A veces esto daba resultado y todo lo personal se desvanecía en lo típico. En estos casos incluso la tristeza era sólo una pausa de la alegría regocijada y superficial: «Abandonada, / abandonada como una piedra en la calle, / ¡qué abandonada estoy!»; con la estúpida seguridad que daba la imitada melancolía de esta canción del país –que no era una canción popular– contribuía ella al regocijo general y al suyo particular, después de lo cual, por ejemplo, el programa seguía contando chistes para hombres, en cuyo tono, que se sabía que iba a ser grosero y procaz, uno podía reírse con los demás a sus anchas.

En casa, por supuesto, las CUATRO PAREDES; sola con ellas; este andar en volandas duraba todavía un poco, cantando entre dientes una melodía, esbozando un paso de baile al quitarse los zapatos, por unos instantes el deseo de salir de la propia piel, pero he aquí que una volvía a estar arrastrándose por la habitación, del marido al hijo, del hijo al marido, de una cosa a otra.

No salían nunca las cuentas: en casa los pequeños sistemas de liberación burguesa dejaban de funcionar, simplemente porque las condiciones de vida – el piso de una habitación, la preocupación casi exclusiva por el pan de todos los días, la forma de comunicarse con el COMPAÑERO DE SU VIDA, reducida casi exclusivamente a mímica automática, gestualidad y relaciones sexuales marcadas por el encogimiento y la perplejidad– eran incluso preburguesas. Había que salir de casa para por lo menos aprovechar algo de la vida. Fuera, el tipo del vencedor; dentro, la mitad más débil, el eterno perdedor. ¡Esto no era vida!

Luego, siempre que contaba esto –y necesitaba *contarlo*– sacudía su cuerpo, como para quitarse algo de encima, de asco y de miseria, aunque lo hacía con tal timidez que con ello, más que *sacarse de encima* el asco y la miseria, más bien lo único que hacía era sólo revivirlos en forma de escalofrío.

Un sollozo ridículo en el baño, del tiempo de mi infancia, sonarse, los ojos enrojecidos. Ella era; fue; no fue nada.

(Naturalmente, lo que está escrito aquí sobre alguien concreto es un poco vago e inconcreto; pero sólo las generalizaciones que –de un modo expreso y en una

historia posiblemente única— hagan abstracción de mi madre como de un personaje central, posiblemente único, sólo estas generalizaciones pueden referirse a alguien que no sea yo mismo; la simple narración de una vida, con sus cambios y su brusco final, sería pedir demasiado.

Lo peligroso de estas abstracciones y formulaciones es, sin duda, el hecho de que tienden a independizarse. Lo que ocurre entonces es que olvidan a la persona de la que han partido, una reacción en cadena de giros y frases, como las imágenes del sueño, un ritual literario en el que una vida individual funciona solamente como pretexto.

Estos dos peligros —por una parte, el mero contar lo ocurrido; por otra, el hecho de que, sin dolor alguno, una persona desaparezca entre frases poéticas— frenan el tempo de la escritura, porque en cada frase que escribo tengo miedo de perder el equilibrio. No hace falta decir que esto ocurre con cualquier ocupación literaria, pero de un modo especial en este caso, en el que los hechos tienen un poder tan grande que apenas hay nada que imaginar.

Por esto al principio todavía partía de los hechos y buscaba formulaciones adecuadas para estos hechos. Luego me di cuenta de que en esta búsqueda de formulaciones me alejaba de los hechos. Entonces, en vez de partir de los hechos, partí de las formulaciones de las que ya disponía, del arsenal lingüístico común de la sociedad, y luego, de la vida de mi madre, seleccioné aquellos acontecimientos que estaban previstos en estas fórmulas; porque sólo en una lengua pública, no buscada, era posible, de entre aquellos datos biográficos que no decían nada, encontrar aquellos que estaban pidiendo a gritos que alguien los hiciera públicos.

De este modo, frase por frase, voy contrastando el arsenal general de fórmulas que sirven para escribir la biografía de una mujer con la vida especial y peculiar de mi madre; de las coincidencias y contradicciones sale entonces la auténtica actividad literaria. Lo importante es que no me limite a escribir meras citas; las frases, aunque tengan la apariencia de citas, en ningún momento pueden hacer olvidar que se aplican a alguien concreto, por lo menos para mí; y sólo entonces, con este pretexto personal, si se quiere privado, colocado en el centro, de un modo firme y cauteloso, me parecen utilizables.

Otra peculiaridad de esta historia: a diferencia de lo que por regla general ocurre en los otros casos, al avanzar de frase en frase ya no me voy alejando

de la vida interior de los personajes que describo, de tal forma que al final, liberado y con un alegre talante de fiesta, los observe desde fuera, como si fueran insectos que al fin he metido en una caja; lo que hago es, con una seriedad fija y obstinada, por medio de la escritura, intentar acercarme a alguien a quien, no obstante, no puedo apresar del todo con ninguna frase; de este modo tengo que estar empezando continuamente de nuevo y no llego a conseguir la vista de pájaro que es habitual en estos casos.

Porque habitualmente lo que ocurre es que parto de mí mismo y de mis asuntos; a medida que voy avanzando en la escritura me voy liberando de todo ello y al final dejo a mis asuntos, y a mí mismo, seguir su camino como producto de mi trabajo, como mercancía que ofrezco; pero en este caso, en el que soy *el que describe*, sin que pueda hacer el papel de *aquel a quien se está describiendo*, no logro distanciarme; sólo de mí mismo puedo distanciarme; mi madre, como normalmente me ocurre a mí mismo, se convierte y no se convierte en un personaje artístico, alado, con una vibración interna, más y más claro y luminoso. No se deja encapsular, sigue siendo algo inasible, las frases se despeñan en una oscuridad y se quedan revueltas en el papel.

«No hay palabras», se dice a menudo en las historias, o bien: «no se puede describir», y las más de las veces considero que esto son excusas para la pereza; sin embargo, esta historia tiene que ver realmente con lo que no tiene nombre, con segundos de espanto para los que no hay lenguaje. Trata de momentos en los que la conciencia, de puro pavor, da un brinco; de estados de espanto, tan breves que para ellos el lenguaje llega siempre demasiado tarde; de procesos oníricos tan horribles que uno los vive de un modo físico, corporal, como gusanos que estuvieran en la conciencia. El aliento que se corta, el quedarse uno petrificado, «un frío glacial me subía por la espalda, se me ponían los pelos de punta en la nuca»; una y otra vez, estados propios de una historia de fantasmas; uno abre un grifo y lo vuelve a cerrar inmediatamente; por la noche, en la calle, con una botella de cerveza en la mano; solamente estados, no historias coherentes y en las que uno pueda esperar, de un modo u otro, un final consolador.

Es todo lo más en los sueños donde se hace palpable la historia de mi madre: porque allí sus sentimientos se convierten en algo tan físico que los vivo como si fuera su doble y me identifico con ellos; pero son precisamente

estos momentos de los que ya he hablado en los que la extrema necesidad de comunicación coincide con la extrema falta de lenguaje. De ahí que uno finja el orden y la normalidad de un esquema habitual de vida escribiendo: «en aquella ocasión – luego», «Porque – aunque», «era, fue – no fue nada», y con ello espera uno poder llegar a dominar la beatitud del terror. Esto es pues quizá lo extraño de esta historia.)

A principios de verano de 1948, mi madre, con su marido y los dos niños – la niña, que apenas tenía un año, metida en una cesta de la compra–, sin papeles, abandonaron la zona Este. Cruzaron ocultamente dos fronteras; al amanecer; en una ocasión, el alto de un soldado ruso en la frontera y, como contraseña, la respuesta en esloveno de mi madre; para el hijo, a partir de entonces, una trinidad formada por amanecer, susurros y peligro; una alegre excitación en el viaje en tren por Austria; y otra vez volvía ella a vivir en su casa natal, en la que la alojaron, a ella y a su familia, en dos pequeñas habitaciones. Al marido se le colocó como primer oficial en la carpintería del hermano; ella volvió a ser una parte de la comunidad doméstica de antaño.

A diferencia de lo que ocurría en la ciudad, aquí estaba orgullosa de tener hijos y procuraba que la vieran con ellos. Ya no permitía que nadie le dijera nada. Antes todo lo más que hacía era contestar con una cierta arrogancia; ahora se reía de los otros, sin más. Era capaz de reírse de todo el mundo de tal forma que los otros se quedaban casi sin palabras. De quien más se burlaba era del marido; así que empezaba a hablar de sus muchos proyectos, se reía de él de un modo tan cortante que éste dejaba de hablar enseguida y se limitaba a mirar estúpidamente por la ventana. También es verdad que al día siguiente empezaba de nuevo como si nada hubiera ocurrido. (¡Oyendo a mi madre reírse de los demás, aquel tiempo vuelve a cobrar vida!) De este modo, riéndose de ellos, cortaba también a los hijos cuando éstos tenían algún deseo; porque era ridículo exteriorizar en serio los deseos de uno. Entre tanto había echado al mundo un tercer hijo.

Volvió a coger el dialecto de su país, aunque sólo a modo de juego: una mujer CON EXPERIENCIA EN EL EXTRANJERO. Casi todas sus amigas de antes volvían a vivir en su pueblo natal; no habían hecho más que escaparse por poco tiempo a la ciudad, o al otro lado de la frontera.

En esta vida limitada en gran parte a la economía doméstica y al mero ir

saliendo adelante, la amistad lo más que podía significar era que unos tuvieran confianza con otros, pero no que nadie confiara nada a nadie. Como fuera, estaba claro que todo el mundo tenía las mismas preocupaciones; la única diferencia consistía en que unos lo llevaban mejor y otros peor; era todo una cuestión de temperamento.

En este estrato social los que no tenían preocupaciones acababan siendo seres extravagantes; chiflados. A los borrachos no les entraba verborrea, se volvían más silenciosos de lo que eran; a lo mejor armaban una bronca o lanzaban un grito de júbilo; luego volvían a hundirse en sí mismos, hasta que, cuando llegaba la hora oficial de cierre de los locales, de repente, de un modo enigmático, empezaban a sollozar y abrazaban o pegaban al que tenían delante.

No había nada que contar de uno mismo; ni en la iglesia, en la confesión pascual, en la que por lo menos una vez al año se podía hablar para decir algo de uno mismo; allí lo único que se hacía era musitar las fórmulas del catecismo, unas fórmulas en las que para uno el Yo era algo más extraño que un trozo de piedra caído de la Luna. Cuando uno hablaba de sí mismo y lo que contaba no era simplemente algo ingenioso, decían que era «muy suyo». El destino personal de uno, si es que alguna vez se había desarrollado como algo propio, quedaba despersonalizado y reducido a casi nada –a excepción de algunos restos oníricos–, consumido por los ritos de la religión, de los usos y las buenas costumbres, hasta tal punto que de los individuos apenas quedaba nada humano; por otra parte, la palabra «individuo» sólo se conocía como un insulto.

Los misterios dolorosos; los misterios gloriosos; el rosario; la fiesta de acción de gracias por la cosecha; la fiesta de las elecciones; el día en que las mujeres sacaban a bailar a los hombres; el vino de confraternización; las inocentadas; el velatorio; el beso del día de San Silvestre: en estas fórmulas se exteriorizaban las penas de cada uno, la necesidad de comunicarse con los demás, las ganas de hacer algo, el sentimiento de lo que sólo ocurre una vez, el deseo de ver mundo, los impulsos sexuales, en general cualquier juego mental con un mundo revirado en el que se hubieran cambiado todos los papeles y en el que uno hubiera dejado de ser un problema para sí mismo.

Vivir de un modo espontáneo –pasear en los días *de labor*, enamorarse por segunda vez, siendo mujer, tomarse una copa en el restaurante–, esto

significaba ya llevar una especie de vida desordenada; «espontáneamente» a lo más a lo que se llegaba era a cantar una canción con los otros o a sacarse a bailar los unos a los otros.

Estafado en lo que respecta a la propia historia y a los sentimientos propios, con el tiempo uno empezaba a «extrañar», como se decía normalmente hablando de los animales domésticos, de caballos por ejemplo: uno se volvía huraño y apenas hablaba ya, o se le trastornaba un poco la cabeza y andaba dando gritos por la casa.

Los ritos de los que he hablado tenían entonces una función consoladora. El consuelo: éste no le venía a uno sino que más bien era uno quien iba a él y se disolvía en él; al fin estaba uno conforme en que, como individuo, no era nada, por lo menos nada especial.

Uno dejaba de esperar definitivamente ninguna información personal, porque nadie necesitaba ya informarse de nada. Las preguntas se habían convertido todas ellas en muletillas, y las contestaciones a estas preguntas eran algo tan estereotipado que para ellas ya no se necesitaban *personas*, bastaba con objetos: el dulce Sepulcro, el dulce Corazón de Jesús, la dulce Dolorosa se transfiguraban en fetiches del anhelo de morir que tenía cada uno, un anhelo que dulcificaba las penalidades de cada día; uno se derretía ante estos fetiches de consuelo. Y, con el trato uniforme de todos los días con las mismas cosas, éstas terminaban convirtiéndose en algo sagrado; lo que era dulce no era no hacer nada sino trabajar. De todos modos a uno no le quedaba otra opción.

Uno ya no sabía mirar. La «curiosidad» no era ninguna característica personal sino un vicio de las mujeres, o de los hombres afeminados.

Pero mi madre era curiosa por naturaleza y no conocía los fetiches del consuelo. No se hundía en el trabajo, lo hacía sólo como algo marginal y por eso estaba insatisfecha. La visión negativa del mundo propia de la religión católica era para ella algo extraño; sólo creía en la felicidad de aquí, que por otra parte era, naturalmente, algo casual sólo; por lo que hacía a ella, la casualidad había hecho que tuviera mala suerte.

¡Algún día se lo haría ver a la gente!

Pero, ¿cómo?

¡Cómo le hubiera gustado ser frívola de verdad! Y un día fue realmente

frívola: «Hoy he sido frívola y me he comprado una blusa». Y esto era ya mucho en el ambiente que la rodeaba; se acostumbró a fumar y llegó incluso a fumar delante de los demás.

En la región muchas mujeres bebían a escondidas; sus labios, gruesos y torcidos, le provocaban repulsión: así que bebiendo no hubiera podido decir a la gente: «vais a ver...». Todo lo más se alegraba un poco, y entonces bebía a la salud de otro. De este modo pronto llegó a tratar de igual a igual con los jóvenes notables. Estaba bien considerada entre los pocos que estaban mejor situados, una alta sociedad que se había formado incluso en aquel pequeño lugar. En una ocasión, vestida de romana, ganó el primer premio en un baile de disfraces. En el momento de divertirse, por lo menos, aquella sociedad rural se comportaba como una sociedad sin clases, con sólo que uno fuera una persona FINA y DIVERTIDA Y JOVIAL.

En casa ella era «la madre»; incluso el marido la llamaba más veces así que por su nombre de pila. Ella se lo permitía; es más, esta palabra describía mejor la relación de ella con su marido; para ella él no fue nunca algo así como un tesoro.

Ahora la que ahorraba era ella. Sin embargo, ahorrar no podía ser apartar dinero, como en el caso de su padre, tenía que ser economizar, no gastar, limitar las necesidades, hasta tal punto que éstas pronto aparecieron como CAPRICHOS, y todavía las limitó más.

Pero incluso dentro de este raquíptico campo de acción uno se tranquilizaba pensando que por lo menos estaba imitando un *esquema* de vida burguesa: seguía habiendo una clasificación –aunque ridícula– de los bienes en necesarios, simplemente útiles y de lujo.

Según esto, necesaria era sólo la comida; útil, el combustible para la calefacción, en invierno; todo lo demás era ya un lujo.

El hecho de que quedara algo para esto último ayudaba, por lo menos una vez por semana, a tener un sentimiento de la vida un tanto orgulloso: «Nos sigue yendo mejor que a la otra gente».

Uno se permitía pues el siguiente lujo: una entrada de cine en la fila nueve y luego una copa de vino con agua mineral con gas; una tableta de chocolate Bendsorp para los niños a la mañana siguiente; una vez al año, una botella de licor de huevo de fabricación casera; de vez en cuando, en invierno, los

domingos, nata batida que se había ido recogiendo a lo largo de la semana poniendo todas las noches el cazo de leche entre los dos cristales de la ventana. ¡Era una verdadera fiesta!, escribiría yo si esto fuera mi propia historia; pero esto era solamente la imitación maquinal, servil, de una forma de vida inalcanzable, el juego de niños de un paraíso en la tierra.

Navidad: con lo que de todos modos era necesario se hacía un paquete como si fuera un regalo. Unos sorprendían a los otros con lo necesario, con ropa interior, medias, pañuelos de bolsillo; ¡y decían que precisamente habían estado DESEANDO esto! De este modo, con todo excepto con la comida jugaba uno a ser el beneficiario de un regalo; yo, por ejemplo, estaba realmente agradecido porque me habían comprado las cosas que necesitaba para la escuela; las coloqué al lado de la cama como si fueran regalos.

Una vida que no sobrepasaba las propias posibilidades, marcada por horas mensuales de trabajo, horas del marido que ella sumaba, ávida de encontrar media horita por aquí y media horita por allí; en tiempo de lluvia, miedo de un turno apenas remunerado y en el que el marido estaba sentado junto a ella en la pequeña habitación dando la tabarra o bien, ofendido, mirando fijamente por la ventana.

En invierno, el subsidio de paro de los obreros de la construcción, un dinero que él gastaba bebiendo. Buscándole de taberna en taberna; con satisfacción maligna él le enseñaba lo que quedaba. Golpes que ella esquivaba; ya no hablaba con él; rechazaba a los niños, que pasaban miedo en silencio y se colgaban del padre compungido. ¡Bruja! Los niños la miraban con ojos hostiles porque ella era tan intransigente y no quería reconciliarse con él. Dormían con el corazón agitado cuando los padres habían salido; se escondían debajo del edredón cuando al amanecer el marido perseguía a la mujer por la habitación dándole empujones. Una y otra vez se quedaba quieta, avanzaba un paso; él, sin más, la volvía a hacer retroceder de un empujón; los dos en una mudez enconada, hasta que ella al final abría la boca y le daba este gusto: «¡Bestia!, ¡Bestia!», tras lo cual él la podía pegar bien, y ella, después de cada golpe, le dedicaba una breve risotada.

De no ser en estas ocasiones, apenas se miraban el uno al otro; sin embargo, en estos momentos de abierta hostilidad él la miraba desde abajo, ella desde arriba; se miraban a los ojos fijamente y de un modo penetrante.

Los niños, desde debajo del edredón, sólo oían los empujones y el jadeo, y de vez en cuando el tintineo de la vajilla en el aparador. A la mañana siguiente se preparaban solos el desayuno mientras el marido estaba tumbado en la cama, exhausto, y la mujer, a su lado, con los ojos cerrados, fingía dormir. (Sin duda: esta forma de describir da la impresión de algo copiado, tomado de otras descripciones; intercambiable; una vieja cantilena; sin relación alguna con el tiempo en el que tiene lugar; en una palabra: «del siglo XIX»; pero esto es justamente lo que parece necesario; pues así de intercambiables, intemporales, eternamente los mismos, en una palabra, del siglo XIX –por lo menos en esta región y en las condiciones económicas que he esbozado– eran los sucesos que hay que describir. Y todavía hoy la misma cantilena: en el tablón de anuncios del Ayuntamiento casi lo único que hay son órdenes relativas a lo que no se puede hacer en las tabernas.)

No escapó. Sabía dónde estaba su sitio. «Sólo espero a que los niños sean mayores.» Un tercer aborto, esta vez con una hemorragia grave. Poco antes de cumplir los cuarenta años quedó embarazada otra vez. Un cuarto aborto ya no era posible; y tuvo el niño.

La palabra «pobreza» era una palabra bella, hasta cierto punto noble. Como los viejos libros de la escuela, suscitaba inmediatamente determinadas representaciones: pobre pero limpio. Mediante la limpieza los pobres eran aptos para la vida en sociedad. El progreso social consistía en una educación para la pulcritud; para los miserables, así que se volvían limpios, la «pobreza» pasaba a ser un título honorífico. Para éstos, entonces, la miseria era sólo la suciedad de los asociales de un país que no era el suyo.

«La ventana es la tarjeta de visita del que vive en la casa.»

De este modo, para tener limpias las habitaciones, los pobretones gastaban obedientemente los medios que la mentalidad progresista permitía gastar para el saneamiento de esta clase social. Por lo menos en la miseria todavía empañaban las ideas de la opinión pública con imágenes repulsivas, imágenes que, precisamente por esto, se podían vivir como algo concreto; ahora, como «estrato social desfavorecido» saneado, limpiado, su vista hasta tal punto se convirtió en algo abstracto y por encima de toda representación, que uno podía llegar a olvidarlos. De la miseria había descripciones sensibles, de la pobreza

sólo había símbolos.

Y las descripciones plásticas de la miseria apuntaban sólo a lo que la miseria tenía de repugnante físicamente; es más, el modo como *producían* repugnancia era sólo aquella forma de descripción complacida por medio de la cual el asco, en vez de transformarse en ganas de actuar, lo único que hace es recordarle a uno su propia fase anal, aquella en la que uno todavía comía mierda.

Por ejemplo, en algunas casas el único cuenco que tenían lo usaban por la noche como orinal, y al día siguiente amasaban en él la harina. Seguro que antes lavaban bien el cuenco con agua hirviendo, y de hecho no pasaba gran cosa; pero la mera *descripción* de este proceso tenía el poder de provocarle a uno asco: «hacen sus necesidades en la misma olla en la que luego comen»... «¡Brr!» Es más, las palabras comunican esta especie de asco a la vez pasivo y agradable mucho mejor que la mera contemplación de las cosas que ellas designan. (Recuerdo que, leyendo la descripción literaria de unas manchas de clara de huevo en salto de cama, siempre me he estremecido.) De ahí mi sensación de malestar en las descripciones de la miseria; porque en la pobreza limpia, que a pesar de todo no deja de ser una pobreza miserable, no hay nada que describir.

Por esto al oír la palabra «pobreza» pienso siempre: érase una vez; y el hecho es que casi siempre la oímos en boca de personas que la han superado, como una palabra procedente de la infancia; no «Yo era pobre» sino «Yo fui hijo de familia pobre» (Maurice Chevalier). Un signo mono y fino de algunas memorias. Pero pensando en las condiciones de vida de mi madre no consigo tejer esta malla de ganchillo con mis recuerdos. Forzada desde el principio a mantener en todo sólo la forma: ya en la escuela rural la materia que en opinión de los profesores era la más importante para las niñas era la llamada «presentación de los trabajos escritos»; algo que continuó después en la tarea impuesta a la mujer de mantener unida a la familia de puertas afuera; no era una pobreza alegre, sino una miseria perfectamente aseada; el esfuerzo diario por poner buena cara, una cara que de este modo se iba convirtiendo poco a poco en un rostro sin alma.

Quizás uno se hubiera sentido más a gusto si en esta miseria desprovista de toda forma de aseo hubiera conseguido un mínimo de conciencia proletaria.

Pero en la región no había proletarios, ni siquiera populacho, todo lo más hospicianos andrajosos; nadie podía ser insolente; la pobreza era realmente una vergüenza.

Para mi madre, sin embargo, esto era tan poco evidente que la eterna obligación era capaz de humillarla. Dicho por una vez de un modo simbólico: ya no era de los INDÍGENAS QUE JAMÁS HAN VISTO A UN HOMBRE BLANCO; estaba en condiciones de imaginarse una vida que no fuera únicamente la de perpetua ama de casa. Hubiera bastado con que alguien le hiciera sólo la más mínima seña y a ella se le hubieran ocurrido las ideas oportunas.

Hubiera, sería, habría.

Lo que en realidad ocurría:

Un espectáculo natural con unos accesorios humanos que estaban siendo sistemáticamente deshumanizados. Una y otra vez ir a ver al hermano para que reconsiderara una vez más el despido del marido alcohólico; andar suplicando al inspector para que anulara una denuncia por tener un aparato de radio sin pagar impuestos; la promesa de que, como ciudadana, demostraría que era digna de un crédito para la construcción de una vivienda; ir de ventanilla en ventanilla para obtener un certificado de indigencia; el certificado de carencia de medios que se necesitaba todos los años para el hijo que estaba estudiando; solicitudes para obtener el subsidio de enfermedad, de maternidad, el descuento del impuesto religioso... la mayoría de estas cosas en una estimación generosa, pero incluso aquello a lo que se tenía derecho por ley había que demostrarlo una y otra vez de un modo tan exacto y minucioso que uno acababa acogiendo como un favor aquello que, ¡al fin!, le concedían.

En la casa no había máquinas; todo se hacía aún manualmente. Objetos de un siglo pasado, glorificados en la conciencia general como recuerdos: no sólo el molinillo de café, que de todos modos había pasado a ser un juguete entrañable, también el CONFORTABLE lavadero, el fogón ACOGEDOR, las DIVERTIDAS ollas de la cocina, remendadas por todas partes, el PELIGROSO atizador, la IMPERTINENTE y DESCARADA carretilla, la DINÁMICA hoz, ÁVIDA de cortar la mala hierba, los

RESPLANDECIENTES cuchillos a los que a lo largo de los años los ZAFIOS afiladores habían afilado hasta llegar casi a su lado romo, el CHUSCO Y GUASÓN dedal, el TORPE Y DESMAÑADO huevo de zurcir, la ATLÉTICA plancha, que servía para cambiar de actividad, porque una y otra vez había que volverla a calentar poniéndola sobre el fogón, y por fin LA JOYA DE LA CASA, la máquina de coser Singer, impulsada con el pie y con la mano; algo en lo que, una vez más, lo único íntimo y casero era la enumeración.

Pero otro método de enumeración sería, sin duda, igualmente idílico: los dolores de espalda; las manos, primero escaldadas por el agua hirviendo de las coladas y luego rojas, heladas, al tender la ropa en el tendedero —¡cómo crujía la ropa blanca, tiesa, al doblarla!—; una hemorragia nasal, alguna vez, al levantarse después de haberse agachado; las mujeres hasta tal punto estaban sólo con la idea de terminarlo todo pronto, que, olvidándose de sí mismas, iban a la compra con cierta mancha de sangre en la parte trasera del vestido; el eterno quejarse de los pequeños dolorcillos, que se soportaban porque en definitiva una era sólo una mujer; las mujeres entre ellas: no: «¿qué tal?», sino: «¿mejor ya?».

Nada nuevo. Esto no prueba nada; pensando en las ventajas y los inconvenientes se le quita a esto toda fuerza probatoria; el más nefasto de todos los principios que rigen la vida: «Todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes», y lo inaceptable se convierte en aceptable, como inconveniente que a su vez no es otra cosa que una peculiaridad necesaria de toda ventaja.

Por regla general las ventajas eran sólo ausencia de inconvenientes: *no había* ruido, *no había* responsabilidades, *no había* trabajo para los forasteros, *no había* que salir de casa todos los días y dejar solos a los niños. Las desventajas que realmente existían quedaban anuladas por las que faltaban.

Por esto no todo era tan malo, sólo era la mitad de malo de lo que hubiera podido ser; uno salía adelante sin dificultad alguna, en el sueño. Sólo que a nada se le veía el fin.

Hoy era ayer; ayer era como siempre. Un día más. Otra semana que se ha ido, un hermoso año nuevo. ¿Qué hay mañana para comer? ¿Ha venido ya el cartero? ¿Qué has hecho todo el día en casa?

Poner la mesa, quitar la mesa; «¿no le falta nada a nadie ya?»; descorrer las

cortinas, correr las cortinas; encender la luz, apagar la luz; «no dejéis siempre la luz encendida en el baño»; doblar, desdoblar; vaciar, llenar; enchufar, desenchufar; «bueno, esto ha sido todo por hoy».

La primera máquina: una plancha eléctrica; un milagro que uno «había estado deseando siempre». Turbación; como si uno no fuera digno de una herramienta así: «¡Pero si no me lo merezco! A partir de ahora tendré ganas de planchar. A lo mejor tendré incluso un poquito más de tiempo para mí».

La batidora, la cocina eléctrica, el frigorífico, la lavadora: cada vez más tiempo para uno. Pero lo único que ocurría es que uno estaba sin hacer nada, como pasmado, aterrado y confuso de los muchos años que había vivido como mujer para todo, que tanto valía para un fregado como para un barrido. Incluso con los sentimientos había tenido uno que economizar tanto que todo lo más los exteriorizaba en forma de lapsus, para luego hacer inmediatamente como que no pasaba nada. La antigua alegría de vivir se manifestaba sólo de vez en cuando: a una, avergonzada, de un modo secreto, un dedo se le movía involuntariamente, la otra mano se apresuraba a taparlo enseguida.

Pero la cosa es que mi madre no llegó a ser nunca, de un modo definitivo, un ser amedrentado, sin entidad. Empezó a afirmarse. Como ya no necesitaba hacerse en mil pedazos, se fue encontrando poco a poco a sí misma. El correr de un lado para otro, como mariposeando, se fue asentando. Mostraba a la gente el rostro con el que se sentía medianamente a gusto.

Leía periódicos; le gustaba más todavía leer libros, libros en los que pudiera comparar las historias que se contaban con su propia vida. Leyó conmigo primero Fallada, Knut Hamsun, Dostoyevski, Máximo Gorki. Luego Thomas Wolfe y William Faulkner. Sobre estas obras no decía nada que pudiera llevarse a la imprenta, contaba sólo lo que le había llamado la atención de un modo especial. «Pero yo no soy así», decía a veces, como si el autor de la obra la hubiera descrito *a ella* en persona. Los libros los leía todos como si fueran una descripción de su propia vida; los vivía; con la lectura salía de sí misma por primera vez en su vida; aprendía a hablar *de ella misma*; con cada libro se le ocurría algo más sobre sí misma. De este modo, poco a poco fui sabiendo algo de ella.

Hasta entonces ella se ponía nerviosa a sí misma; su propia presencia le resultaba incómoda; ahora, leyendo y hablando, se sumergía en sí misma y

salía con un nuevo sentimiento de quién era ella.

Está claro que estos libros los leía siempre como historias del pasado, nunca como sueños del futuro; allí encontraba ella todo aquello que se había perdido y que ya nunca más volvería a recuperar. Ella misma se había quitado de la cabeza, demasiado pronto, cualquier idea de futuro. De este modo esta segunda primavera en realidad era ahora sólo una transfiguración de aquello que uno había vivido junto con los demás.

La literatura no le enseñaba a pensar en sí misma de ahora en adelante, sino que le decía que era demasiado tarde para esto. Ella HUBIERA PODIDO jugar un papel. Ahora todo lo más pensaba ALGUNA VEZ en sí misma y, de este modo, yendo de compras, se permitía de vez en cuando tomar un café en el restaurante; ya no se preocupaba TANTO por lo que la gente iba a pensar.

Se volvió condescendiente con el marido; le dejaba acabar de decir lo que quería; ya no lo cortaba a la primera frase con aquel movimiento de cabeza, tan violento, como quien quiere asentir a algo, que le quitaba inmediatamente la palabra de la boca. Le daba pena; muchas veces, de pura pena, se encontraba desarmada; aunque el otro no sufriera, aunque tal vez se lo imaginara sólo en el entorno de un objeto que para una significaba de un modo especial la desesperación superada: una jofaina desportillada, un diminuto hornillo eléctrico, ennegrecido por la leche que se había derramado sobre él.

Si alguien de su familia estaba ausente, de él sólo le venían imágenes de soledad; no estando en casa con ella, únicamente podía estar solo, completamente solo. Frío, hambre, hostilidad: y la responsable de todo esto era ella. Incluso el marido que ella despreciaba estaba incluido en estos sentimientos de culpabilidad; estaba verdaderamente preocupada por él siempre que tenía que arreglárselas sin ella; incluso en el hospital –donde estuvo varias veces, en una ocasión porque sospechaban que tenía cáncer– estaba con mala conciencia porque probablemente durante todo aquel tiempo el marido, en casa, no comía nada caliente.

La pena que le daban los demás, al estar separados de ella, hacía que ella misma no se sintiera nunca sola; una sensación de abandono únicamente, rápida y pasajera, cuando le volvían a endosar al marido; la incontenible repugnancia que le daba ver el fondillo del pantalón colgándole, las rodilleras. «Me gustaría levantar la vista y ver a un ser humano»; de todos

modos no era nada el tener que estar siempre despreciando algo y no poder hacer otra cosa.

Ese hastío, que se sentía ya en el primer ademán y que con los años se transformaba en un paciente sentarse erguida, en el gesto cortés de levantar la vista de aquello en lo que ella estaba ocupada en aquel momento, no hacía otra cosa que doblegar aún más al marido. FLOJO, lo llamaba siempre. A menudo él cometía el error de preguntarle qué pasaba que no podía soportarlo; naturalmente ella contestaba siempre: «¿Pero qué dices?». Él no cejaba y volvía a preguntarle si realmente era tan repulsivo, y ella lo tranquilizaba, con lo cual no hacía más que aborrecerlo más todavía. El hecho de que envejecieran juntos no la conmovía; de todos modos, exteriormente la tranquilizaba porque él perdía la costumbre de pegarla y no la avasallaba.

Agotado por el trabajo, en el que se le estaba exigiendo siempre estar currando como un esclavo, algo que no llevaba a nada, se volvió un ser enfermizo y su carácter se suavizó. De este dormir despertar a una verdadera soledad, a la cual ella, no obstante, no podía responder más que cuando él estaba ausente.

Sus vidas no se habían separado; porque nunca habían estado juntas de verdad. Una frase de una carta: «Mi marido se ha vuelto un hombre tranquilo». También ella llevaba una vida más tranquila junto a él, con la clara conciencia de que para él ella seguía siendo un enigma, y lo seguiría siendo toda la vida.

Ahora se interesaba además por la política; ya no votaba al partido de su hermano, al cual hasta ahora su marido –un empleado de aquél– le recomendaba votar; ahora votaba a los socialistas; y con el tiempo su marido votó también socialista, por la necesidad que tenía de apoyarse en ella. Sin embargo, nunca pensó que la política pudiera ayudarla a ella personalmente. Daba su voto de un modo graciable, sin esperar nada a cambio. «Los socialistas se preocupan más por los trabajadores», pero ella nunca se sintió trabajadora.

Aquello que la preocupaba cada vez más, a medida que se iba viendo menos reducida a la condición de mera ama de casa, no figuraba en lo que le decían del sistema socialista. Con la repugnancia por el sexo, que ella reprimía y aparecía en los sueños, las sábanas húmedas por la niebla, el techo

bajo sobre su cabeza, seguía estando sola. Lo que realmente la afectaba no tenía que ver con la política. Naturalmente que en este modo de pensar había un error, pero, ¿dónde estaba? ¿Y qué político era capaz de explicárselo? ¿Y con qué palabras?

Los políticos vivían en otro mundo. Cuando uno hablaba con ellos no contestaban, expresaban puntos de vista. «De todos modos, de la mayoría de las cosas no se puede hablar.» La política era solamente algo sobre lo que se podía discutir; con las otras cosas uno tenía que arreglárselas solo o entendérselas con su dios. A uno le daba miedo que un político le hiciera caso realmente. Esto no sería más que para meterlo en el rollo.

Poco a poco dejaba de ser «una»; era sólo «ella».

Fuera de casa se acostumbró a poner cara de dignidad; sentada al lado del conductor, en el coche de segunda mano que le compré, miraba hacia adelante con una expresión de dureza. Incluso en casa ya no hacía ruido al estornudar ni se reía tan estrepitosamente como antes.

(En el entierro el hijo menor recordaba cómo, estando ella en el piso de arriba, desde lejos él oía las voces que daba cuando se reía.)

Cuando iba de compras, su saludo, a derecha e izquierda, era más un esbozo de saludo que otra cosa; iba más a menudo a la peluquería y mandaba que le hicieran la manicura. Esto ya no era la dignidad premeditada con la que en los tiempos de extrema precariedad que siguieron a la guerra ella quería soportar aquel baqueteo; ahora, como antes, nadie era capaz de sacarla de su impasibilidad con su mirada.

Sólo en casa podía comportarse de otro modo; allí, sentada junto a la mesa con su nueva actitud erguida –mientras el marido, dándole la espalda, con la camisa que le salía de los pantalones, con las manos en los bolsillos, hasta el fondo, miraba sin decir nada hacia el valle, carraspeando sólo de vez en cuando, y el hijo menor, en el rincón, sentado en el sofá de la cocina sorbiendo los mocos leía un tebeo de Micky-Maus–, sólo allí golpeaba a menudo con los nudillos el borde de la mesa y luego, de repente, se ponía las manos en las mejillas. Después de lo cual a veces quizás ocurría que el marido salía de la casa, hasta la puerta, estaba allí carraspeando un rato y luego volvía a entrar.

Ella estaba sentada allí, atravesada, con la cabeza baja, hasta que el hijo pequeño pedía pan untado con algo. Entonces para levantarse necesitaba apoyarse en las dos manos.

Otro hijo, conduciendo sin permiso, se estrelló con el coche y lo metieron en la cárcel. Bebía, como el padre, y ella volvió a ir de taberna en taberna. ¡De tal palo tal astilla! Él no dejaba que ella le dijera nada; la verdad es que ella decía siempre lo mismo, le faltaban palabras que pudieran hacerle efecto. «¿No te da vergüenza?» «Ya lo sé», decía él. «Por lo menos búscate una habitación en algún otro sitio.» «Ya lo sé.» Vivía en la casa; allí era la viva estampa de su padre; estropeó otro coche. Ella le puso la bolsa delante de la casa; él se marchó al extranjero; ella soñaba de él lo peor; le escribía: «Tu apenada madre»; y él volvió en seguida; y así siguiendo. Ella se sentía culpable de todo. No podía tomar nada a la ligera.

Y luego, rodeada de los objetos de siempre, en los rincones de siempre. Intentó ser desordenada, pero no era posible; los ademanes cotidianos se habían independizado demasiado. Le hubiera gustado morir y terminar con todo, pero le daba miedo morir. Además, era demasiado curiosa. «Siempre he tenido que ser la fuerte, a mí que me gustaría tanto ser la débil.»

No tenía ninguna afición, ningún *hobby*; no coleccionaba nada, no cambiaba nada; ya no hacía crucigramas. Desde hacía tiempo había dejado de pegar fotos en un álbum, se limitaba a apartarlas cuando las encontraba en su camino.

Nunca participaba en la vida pública; se limitaba a ir una vez al año a que le sacaran sangre y llevaba en el abrigo la insignia de donante. Un día la presentaron por la radio como la donante número cien mil y le dieron una cesta de regalos.

A veces jugaba una partida de bolos con otra gente. Se reía con la boca cerrada cuando se caían todos los bolos y sonaba la campanilla.

Una vez, por la radio, en el *concierto del oyente*, los parientes de Berlín Este mandaron un saludo a toda la familia con el *Alleluia* de Händel.

Le daba miedo el invierno, cuando todos estaban en la misma habitación. Nadie iba a verla; siempre que oía un ruido y levantaba la vista era el marido: «Ah, eres tú».

Tenía fuertes jaquecas. Las pastillas le daban náuseas y las vomitaba, los

supositorios pronto dejaron de hacerle efecto. Le retumbaba la cabeza de tal modo que sólo se la podía tocar muy suavemente con las puntas de los dedos. El médico le daba todas las semanas una inyección que la insensibilizaba para un tiempo. Luego las inyecciones ya no le hacían nada. El médico decía que debía abrigarse la cabeza. Por esto iba siempre con un pañuelo atado a la cabeza. A pesar de los somníferos, casi siempre se despertaba después de la medianoche, entonces se ponía el almohadón sobre la cara. Las horas que faltaban hasta que al fin amanecía hacían que se pasara el día entero temblando. Los dolores le provocaban alucinaciones.

El marido estaba ahora en un hospital con tuberculosis pulmonar; en cartas llenas de ternura le pedía que le dejara acostarse otra vez con ella. Ella contestaba amablemente.

El médico no sabía qué era lo que tenía; ¿los dolores propios de las mujeres?, ¿la menopausia?

En su agotamiento no acertaba a coger los objetos; las manos le resbalaban por el cuerpo, se le caían. Por la tarde, después de fregar los platos se tumbaba un rato en el sofá de la cocina, en el dormitorio hacía demasiado frío. A veces los dolores de cabeza eran tan fuertes que no conocía a nadie. Ya no quería ver a nadie. Cuando le retumbaba la cabeza, para hablarle había que gritar mucho. Perdió toda sensación de su propio cuerpo; chocaba con las esquinas, se caía escaleras abajo. Reírse le hacía daño, se limitaba sólo a hacer una mueca con la cara. El médico decía que probablemente había un nervio pinzado. Hablaba sólo en voz baja; estaba tan mal que ni siquiera podía quejarse. Inclina la cabeza a un lado, sobre el hombro, pero el dolor la seguía hasta allí.

«Ya no soy un ser humano.»

Cuando el último verano estuve con ella, una vez la encontré tumbada sobre la cama con una expresión tal de desolación que no me atreví a acercarme. Al igual que en un zoo, lo que allí había era el abandono del animal hecho carne. Era una tortura ver con qué falta de pudor se había dado la vuelta toda ella, como una prenda de ropa; en ella todo estaba dislocado, hecho trizas, abierto, inflamado, una oclusión intestinal. Y desde lejos me miraba con unos ojos que parecía que, al igual que Karl Rossmann para el fogonero humillado por todos

del relato de Kafka, yo fuera para ella su CORAZÓN DESOLLADO. Asustado y molesto salí inmediatamente de la habitación.

A partir de aquel momento empecé a ver a mi madre tal como era. Hasta entonces me había estado olvidando siempre de ella; todo lo más, de vez en cuando, sentía una punzada al pensar en la estupidez de su vida. Ahora se me imponía realmente, se convirtió en algo de carne y hueso, vivo, y su estado se podía experimentar de una forma tan palpable que en algunos momentos yo lo vivía plenamente.

Incluso hasta la gente que la rodeaba empezó a mirarla de repente con otros ojos: era como si estuviera predestinada a representar ante ellos su vida. Es verdad que preguntaban por los motivos y las razones, pero sólo de puertas afuera; ellos la veían así también.

Perdió la sensibilidad, ya no se acordaba de nada, ni tan sólo reconocía ya los enseres habituales de la casa. El hijo menor, al volver de la escuela, encontraba sobre la mesa, cada vez con más frecuencia, una nota en la que le decía que había salido de paseo, que se hiciera unos bocadillos o que comiera en casa de la vecina. Esas hojas, arrancadas de un bloc de notas, se amontonaban en el cajón.

No podía seguir haciendo de ama de casa. En casa se despertaba ya con el cuerpo maltrecho. Lo dejaba caer todo al suelo, hubiera querido caerse con todos los objetos.

Las puertas se le atravesaban en su camino; parecía que a su paso llovía moho de las paredes.

Viendo la televisión ya no se enteraba de nada. Con las manos hacía un ademán tras otro para no dormirse.

En los paseos a veces se olvidada de sí misma. Se sentaba en la linde del bosque, lo más lejos que podía de las casas, o junto al arroyo que pasaba por delante de la aserradora abandonada. Durante aquellos momentos por lo menos, si bien la visión de los campos de cereales o del agua no la aliviaba, por lo menos la atontaba. En la maraña de visiones y sentimientos –una confusión en la que cada cosa que veía se convertía inmediatamente en una tortura que le hacía volver rápidamente la vista hacia otra parte, donde la visión siguiente volvía a torturarla– se producían puntos muertos en los que,

por unos instantes, el grotesco tiovivo que la rodeaba la dejaba un poco en paz. En estos momentos sólo estaba cansada, se reponía del torbellino, abismada en la contemplación del agua sin pensar en nada.

Al cabo de un rato, dentro de ella todo se le volvía a atravesar, en contradicción con el mundo que la rodeaba; pataleaba tal vez presa del pánico, pero ya no podía dominarse más y perdía el equilibrio y con él su posición de calma. No tenía más remedio que levantarse y continuar.

Me contó cómo incluso andando la estrangulaba el terror; por esto sólo podía andar muy despacio.

Andaba y andaba, hasta que, agotada, tenía que sentarse otra vez. Tenía que levantarse enseguida y seguir andando.

Muchas veces se le pasaba el tiempo y no se daba cuenta de que se estaba haciendo de noche. Tenía ceguera nocturna y le costaba encontrar el camino de vuelta. Delante de la casa se quedaba quieta, se sentaba en un banco, no se atrevía a entrar.

Luego, cuando al fin entraba, la puerta se abría muy despacio y aparecía la madre, con los ojos muy abiertos, como un espíritu.

Pero durante el día, las más de las veces tampoco hacía otra cosa que andar errante de un lado para otro; se equivocaba de puertas y de puntos cardinales. Muchas veces no se podía explicar cómo había llegado a un sitio y cómo había pasado el tiempo. No tenía el más mínimo sentido del tiempo ni del espacio.

Ya no quería ver a nadie; lo más que hacía era ir al bar a sentarse entre los turistas que habían bajado de los autobuses y tenían demasiada prisa para mirarla a la cara. Ya no podía disimular más su estado; había enseñado todo su interior. Cualquiera que la viera tenía que darse cuenta de lo que le pasaba.

Tenía miedo de perder la razón. Rápidamente, antes de que fuera demasiado tarde, escribió aún unas cuantas cartas para despedirse.

Las cartas eran tan apremiantes que parecía que con ellas había intentado grabarse a sí misma en el papel. En esta época para ella escribir ya no era una ocupación extraña, como ocurría normalmente con la gente que tenía sus mismas condiciones de vida, sino un proceso respiratorio independiente de su voluntad. En realidad con ella ya apenas se podía hablar de nada; no había palabra que no le recordara algo horrible, y perdía los estribos. «No puedo hablar, no me tortures.» Miraba para otro lado, volvía a mirar para otro lado,

se daba la vuelta todavía más hasta ponerse totalmente de espaldas. Luego tenía que cerrar los ojos y unas lágrimas silenciosas corrían inútiles por su rostro, vuelto del todo hacia otro lado.

Fue a la capital a ver a un psiquiatra. Delante de él podía hablar, como médico tenía que escucharla, era su médico. Ella misma se extrañó de las muchas cosas que le contaba. Hablando era cuando de verdad empezaba a acordarse. El hecho de que el médico asintiera con la cabeza a todo lo que ella decía, viera inmediatamente en las características de su estado los síntomas de una enfermedad y, con una denominación genérica —«crisis nerviosa»—, la metiera dentro de un sistema la tranquilizó. Aquel hombre sabía lo que tenía; por lo menos podía darles nombre a sus estados. No era la única; en la habitación contigua esperaban otros.

La siguiente vez ya le divertía observar a esta gente. El médico le aconsejó que diera muchos paseos y que tomara el aire. Le recetó una medicina que le alivió un poco la opresión de la cabeza. Un viaje, le decía, la haría pensar en otras cosas. Ella le pagaba siempre en metálico porque el Seguro Médico laboral no tenía previstos estos gastos para sus socios. Por otra parte, la agobiaba saber que ella costaba dinero.

A veces buscaba desesperadamente la palabra para una cosa. Normalmente la sabía; con ello lo único que quería era que los otros se interesaran por ella. Hubiera querido volver a aquel breve lapso de tiempo en el que realmente ya no conocía a nadie ni se acordaba de nada.

Coqueteaba con el hecho de haber estado enferma; hacía el papel de enferma sólo. Hacía como si en su cabeza fuera todo confusión, de este modo se defendía de los pensamientos que, al fin, eran claros; porque cuando en su cabeza se hacía la luz, se veía sólo como un caso único y era sorda al consuelo de ver cómo la metían dentro de un orden establecido. Exagerando su falta de memoria y su dispersión —cuando luego se acordaba bien de algo, o después de que se hubiera enterado de todo—, lo que quería era que la animaran. ¡Sí, no está mal! ¡Mucho mejor ya!..., como si lo terrible fuera sólo el hecho de que le diera rabia haber perdido la memoria y no poder tomar parte en una conversación.

No soportaba que la gente hiciera chistes con ella. Las bromas sobre su estado no la ayudaban. LO TOMABA TODO AL PIE DE LA LETRA. Rompía a llorar siempre que delante de ella alguien se hacía el animoso a propósito.

En verano, en la época de más calor se fue a Yugoslavia a pasar cuatro semanas. Los primeros días los pasó sola en la habitación del hotel, a oscuras, palpándose la cabeza. Iba continuamente al cuarto de baño y se lavaba.

Luego se atrevió a salir ya y caminaba un poco por la playa, mojándose los pies en las olas. Por primera vez estaba de vacaciones y por primera vez a la orilla del mar. El mar le gustaba; por la noche muchas veces había tormenta; en estos casos no le importaba estar en la cama sin dormir. Se compró un sombrero de paja para protegerse del sol y lo vendió el día de su regreso. Todas las tardes se sentaba en el bar y tomaba un café. Escribió a todos sus conocidos postales y cartas que hablaban de ella sólo, entre otras cosas.

Recuperó el sentido del tiempo y del espacio que la rodeaba. Escuchaba con curiosidad las conversaciones de las mesas vecinas, intentaba enterarse de la relación que tenían unas personas con otras.

Al anochecer, cuando ya no hacía tanto calor, iba por los pueblos de los alrededores y miraba el interior de las casas sin puerta. Le extrañaba de verdad no haber visto jamás, de un modo objetivo, criaturas tan pobres como aquéllas. Los dolores de cabeza desaparecieron. No tenía que pensar en nada; a veces estaba completamente fuera de este mundo. Sentía un agradable aburrimiento.

De vuelta a casa, como no había hecho desde hacía mucho tiempo, volvió a hablar sin que le preguntaran nada. Contaba muchas cosas. Me dejaba que la acompañara en sus paseos. Muchas veces íbamos a comer al restaurante, se acostumbró a tomar un Campari antes de comer. El ademán de tocarse la cabeza era casi sólo un tic. Se acordó de que, hacía un año, un hombre llegó a abordarla en un café. «¡Pero fue muy educado!» El verano próximo quería ir hacia el norte, allí no hacía tanto calor.

Se dedicaba a la holganza; estaba sentada en el jardín, con antiguas amigas, fumaba y espantaba las avispa del café.

Hacía sol y el tiempo era suave. Los pinares de las colinas de los alrededores estaban todo el día en medio de velos de bruma; durante un

tiempo ya no eran tan oscuros. Hacía conservas de fruta y de verduras para el invierno, quería ser madre de acogida de un niño.

Por aquel tiempo yo llevaba una vida demasiado independiente. A mediados de agosto regresé a Alemania y la abandoné a su suerte. En los meses siguientes estuve escribiendo una historia, y ella, de vez en cuando, me decía algo.

«Tengo la cabeza un tanto liada, algunos días son difíciles de soportar.»

«Aquí hace frío y está desapacible; por la mañana hay mucha niebla. Duermo hasta tarde y cuando luego salgo de debajo de las mantas no tengo ganas de hacer nada. De lo del niño de acogida, de momento nada. Como mi marido está tuberculoso no me dan ninguno.»

«Cada vez que tengo un pensamiento agradable se cierra la puerta de golpe y vuelvo a estar sola con estos pensamientos que me paralizan. Me gustaría tanto escribir cosas más agradables, pero no las hay. Mi marido estuvo cinco días aquí y no tuvimos nada que decirnos. Siempre que empiezo una conversación no entiende lo que quiero decir y entonces prefiero no decir nada. Y, no obstante, hasta cierto punto me hacía ilusión que viniera... luego, cuando está aquí, no lo puedo mirar. Sé que debería buscar un modo de hacer más soportable esta situación; estoy pensando siempre en esto y no se me ocurre nada sensato. Lo mejor que podrías hacer es leer esta mierda de carta y olvidarla en seguida.»

«No aguanto en casa y por esto voy corriendo de un lado para otro por los alrededores, da igual por dónde sea. Ahora me levanto algo más pronto; para mí es el momento más difícil, tengo que obligarme a hacer algo para no meterme otra vez en la cama. En estos momentos no sé qué hacer con mi tiempo. Hay una gran soledad en mí, no tengo ganas de hablar con nadie. Muchas veces, por la noche me apetece beber algo, pero no puedo, la medicina no haría ningún efecto. Ayer fui a Klagenfurt y estuve el día entero corriendo de un lado para otro y sentándome aquí y allí; luego, por la noche pesqué justo el último coche de línea.»

En octubre dejó de escribir del todo. En otoño, cuando hacía buen tiempo se la encontraba en la calle; avanzaba muy lentamente; la gente la animaba a ir un poco más deprisa. A todos los que conocía les pedía que le hicieran un poco de compañía y tomaran un café con ella en el restaurante. También la

invitaban muchas veces a salir de excursión los domingos; se dejaba llevar a donde fuera. Asistía con otra gente a las últimas festividades religiosas del año. A veces incluso iba con algunos al fútbol. Con actitud indulgente estaba entre el público que seguía con pasión el juego; apenas abría la boca. Pero en una ocasión en la que el canciller, en una gira electoral, se detuvo en la localidad y repartía claveles, de repente, de un modo atrevido y con desparpajo, se abrió paso entre la gente y pidió que le dieran un clavel a ella también: «¿Y a mí no me da ninguno?». «¡Disculpe, señora!»

A principios de noviembre volvió a escribir. «No soy lo bastante consecuente para pensar las cosas hasta el final, y me duele la cabeza. A veces oigo un zumbido y un silbido tales que no puedo soportar ningún otro ruido.»

«Hablo conmigo misma porque ya no puedo decir nada a nadie. A veces tengo la sensación de que soy una máquina. Me gustaría ir a alguna parte, pero cuando oscurece me entra miedo de no saber volver a casa. Por la mañana hay una gran masa de niebla y luego todo está en calma. Todos los días hago el mismo trabajo y por la mañana, temprano, vuelve a reinar el mismo desorden. Esto es un círculo vicioso que no tiene fin. De verdad que me gustaría estar muerta, y cuando voy por la calle me entran ganas de dejarme caer cuando oigo un coche que viene a toda velocidad. Pero, ¿sabe una si existe un cien por cien de posibilidades de éxito?»

«Ayer por la televisión vi *La camilla* de Dostoyevski; estuve la noche entera viendo cosas absolutamente horribles y no estaba soñando; unos hombres que iban desnudos y que en vez del órgano sexual llevaban intestinos colgando. El 1 del XII llega mi marido a casa. Cada día que pasa estoy más nerviosa y no me imagino cómo va a ser posible vivir con él. Cada uno mira a un rincón distinto y la soledad se hace aún más grande. Tengo frío y me voy a rodar un poco.»

Muchas veces se encerraba en casa. Cuando la gente, como de costumbre, se lamentaba delante de ella, los atajaba rápidamente. Era muy dura con todo el mundo; hacía un ademán de rechazo; les cortaba con una risa breve y burlona. Los otros no eran más que niños que la molestaban o, todo lo más, podían conmovérsela un poco.

Fácilmente se volvía desabrida. Reprendía a la gente de un modo áspero y brusco; en presencia de ella uno tenía la sensación de ser un hipócrita.

Ya no sabía posar para que le sacaran una fotografía. Aunque arqueaba las cejas y subía las mejillas para sonreír, los ojos, con unas pupilas salidas del centro del iris, miraban con una expresión de incurable tristeza.

El simple hecho de existir se convirtió en una tortura.

Pero al mismo tiempo tenía horror a la muerte.

«Dé paseos por el bosque» (el médico del *alma*).

«¡Pero en el bosque no se ve nada!», decía el médico de los *animales*<sup>5</sup> del pueblo –que a veces había sido su confidente– de un modo sarcástico.

Niebla día y noche. Al mediodía intentaba ver si podía apagar la luz y volvía a encenderla en seguida. ¿Adónde mirar? Con los brazos cruzados y las manos sobre los hombros. De vez en cuando, sierras mecánicas invisibles; un gallo que creía todo el día que estaba amaneciendo y seguía cantando hasta entrada la tarde, y ya las sirenas del final del trabajo.

Por la noche, la niebla, como un oleaje, pegaba contra los cristales de la ventana. Oía cómo, en intervalos irregulares de tiempo, por la parte de fuera del cristal, una nueva gota empezaba a deslizarse hacia abajo. Bajo la sábana, la esterilla eléctrica estaba encendida toda la noche.

Por la mañana, en el hornillo el fuego se estaba apagando continuamente. «Ya no me quiero controlar más.» Ya no cerraba los ojos. En su conciencia se produjo la GRAN CAÍDA (Franz Grillparzer).

(A partir de ahora tengo que poner atención para que la historia no se cuente demasiado por sí misma.)

Escribió cartas de despedida a todos sus allegados. No sólo sabía lo que hacía, sino que además sabía por qué ya no podía hacer otra cosa. «Tú no lo vas a entender», escribió a su marido. «Pero seguir viviendo resulta impensable.» A mí me mandó una carta certificada con la copia del testamento hecha con papel de calco, además urgente. «He empezado a escribir unas cuantas veces, pero no encontraba ningún consuelo, ninguna ayuda.» En todas las cartas no sólo venía la fecha, como antes, sino además el día de la semana: «Jueves, 18-XI-71».

El día siguiente fue con el autobús a la capital del distrito y, con la receta sin fecha que le había hecho el médico de cabecera, se procuró unos cien

comprimidos de somníferos. A pesar de que no llovía, se compró además un paraguas rojo con un mango muy bonito, un poco curvado.

Regresó a media tarde con un autobús que, por regla general, está casi vacío. Algunos la vieron todavía. Fue a su casa y cenó luego en la casa vecina, donde vivía su hija: «Incluso hacíamos bromas».

En su propia casa estuvo con el hijo pequeño sentada ante el televisor. Vieron una película de la serie *Cuando el padre y el hijo...*

Mandó al niño a la cama y se quedó delante del televisor encendido. El día anterior había estado en la peluquería y se había mandado hacer la manicura. Apagó el televisor, se fue a su dormitorio y colgó en el armario un traje de chaqueta marrón. Cogió todas las tabletas del analgésico, las mezcló con todos sus antidepresivos. Se puso las bragas de cuando tenía la regla, con algunas compresas, se puso además otras dos bragas encima y se ató un pañuelo a la barbilla, y, sin encender la esterilla eléctrica, con un camisón que le llegaba hasta los pies, se metió en cama, tendida con una mano sobre la otra. En la carta, que, aparte de esto, no contenía más que disposiciones para su entierro, me decía al final que estaba muy tranquila de poder dormirse al fin en paz. Pero estoy seguro de que esto no es verdad.

Al día siguiente, por la noche, después de recibir la noticia de su muerte cogí el avión y me fui a Austria. Viajaba poca gente conmigo, un vuelo regular tranquilo, un cielo claro sin niebla; muy abajo, las luces de las distintas ciudades sobre las que volábamos. Leyendo el periódico, tomando cerveza, mirando por la ventana, poco a poco fui sumiéndome en una agradable sensación de fatiga, una sensación de placentera impersonalidad. Sí, pensaba una y otra vez, y, sin decir nada, de un modo cuidadoso y exacto, iba dando expresión a mis pensamientos: FUE ASÍ. FUE ASÍ. FUE ASÍ. MUY BIEN. MUY BIEN. MUY BIEN. Y durante todo el vuelo estuve lleno de orgullo de que mi madre se hubiera suicidado. Luego el avión se preparó para el aterrizaje y las luces se fueron haciendo cada vez más grandes. Disuelto en una euforia invertebrada de la que ya no me podía defender me movía por el edificio del aeropuerto, bastante vacío.

A la mañana siguiente continué mi viaje; en el tren escuché lo que decía una mujer que era profesora de canto de Los Niños Cantores de Viena. Estaba

contando a su compañero que, incluso de adultos, éstos seguían careciendo de independencia. Tenía un hijo que había pertenecido a Los Niños Cantores. En una gira por Sudamérica había sido el único a quien le había alcanzado el dinero de bolsillo, incluso había vuelto a casa con algo. Él, por lo menos, prometía ser juicioso. Yo no podía dejar de escuchar.

Fueron a recogerme en coche a la estación. Por la noche había nevado; ahora el cielo estaba despejado; brillaba el sol; hacía frío, una escarcha destellante flotaba en el aire. ¡Qué contradicción, a través de un paisaje alegremente civilizado, con un tiempo en el que este paisaje hasta tal punto parecía formar parte del profundo azul del espacio cósmico que lo cubría que uno no podía imaginarse ya ningún cambio brusco, ir a la casa mortuoria, en la que tal vez el cadáver empezaba a descomponerse! Hasta que no llegué no encontré ningún punto al que agarrarme, ningún presagio, de modo que el cuerpo muerto, en el frío dormitorio, me encontró completamente desprevenido.

Había muchas mujeres del vecindario, sentadas unas al lado de otras, en sillas puestas en fila; bebían el vino que les ofrecían. Sentí cómo, mirando a la muerta, poco a poco empezaban a pensar en sí mismas.

El día del entierro, por la mañana, estuve mucho tiempo solo en la habitación con el cadáver. Mi sentimiento personal coincidía de pronto con la costumbre general del velatorio. Incluso este cuerpo me parecía terriblemente abandonado y necesitado de amor. Luego sentí otra vez aburrimiento y miré al reloj. Me había propuesto quedarme por lo menos una hora con ella. La piel de debajo de los ojos estaba completamente arrugada; en algunas partes del rostro estaban todavía las gotas de agua bendita con que la habían rociado. El vientre estaba un poco hinchado debido a los comprimidos. Miré las manos, que estaban sobre el pecho, y tomé como referencia un punto fijo para ver si a pesar de todo todavía respiraba. Entre el labio superior y la nariz no había ya ninguna arruga. La cara había tomado un aspecto muy masculino. A veces, mirándola durante un buen tiempo, ya no sabía en qué debía pensar. Luego el aburrimiento fue muy grande y me limité a estar de pie junto al cadáver, pensando en otras cosas. Pero una vez hubo pasado la hora, a pesar de todo, no me quería marchar y me quedé más tiempo con ella en la habitación.

La fotografiaron. ¿De qué ángulo quedaba mejor? «El perfil bello de los muertos.»

El ritual del entierro la despersonalizó definitivamente y alivió a todo el mundo. Entre espesas rachas de nieve íbamos detrás de los restos mortales. En las fórmulas religiosas bastaba con añadir su nombre. «Nuestra hermana...» En los abrigos, cera de las velas que luego quitaron con una plancha.

Nevaba tanto que uno no se acostumbraba a ello y miraba una y otra vez al cielo para ver si amainaba. Las velas se iban apagando unas tras otras y la gente ya no las volvía a encender. Se me ocurrió cuántas veces uno ha leído que alguien, en un entierro, pilla la enfermedad que le llevará a la tumba.

Detrás del muro del cementerio empezaba inmediatamente el bosque. Un pinar situado en una colina que subía con una pendiente bastante pronunciada. Los árboles estaban tan apiñados unos con otros que de la segunda fila sólo se veía lo alto de las copas, luego copas y más copas. Entre los jirones de niebla, una racha de viento tras otra, pero los árboles no se movían. Veía la tumba, de la que la gente se alejaba rápidamente, recortándose sobre los árboles inmóviles: por primera vez la naturaleza me pareció realmente despiadada. ¡Así que éstos eran los hechos! El bosque hablaba por sí mismo. Dejando aparte las innumerables copas de árboles, nada contaba; delante, un tumulto de figuras que iban saliendo cada vez más del cuadro. Me encontraba como alguien de quien están haciendo burla y me convertí en un ser completamente desvalido. De repente, en mi furia impotente, tuve necesidad de escribir algo sobre mi madre.

Luego, por la noche, en la casa, subí las escaleras. De repente, de un brinco, salté unos cuantos escalones. Me reía con una risa contenida, como de niño, con una extraña voz, como si fuera un ventrílocuo. Los últimos peldaños los subí corriendo. Una vez arriba, de un modo arrogante, me golpeé el pecho con el puño y me abracé. Lentamente, satisfecho, como alguien que tiene un extraño secreto, volví a bajar la escalera.

No es verdad que escribir me haya servido para algo. Durante las semanas en

las que estuve trabajando en la historia, ésta no dejaba de preocuparme. Escribir no fue, como creía aún al principio, una forma de recordar una etapa ya concluida de mi vida, sino únicamente un continuo trasiego de recuerdos en forma de frases que lo único que hacían era afirmar unas distancias que yo había tomado. Todavía a veces sigo despertándome por las noches de un modo brusco, de golpe, como si desde dentro un contacto me sacara del sueño, y, reteniendo el aliento, de terror, experimento como si me estuviera pudriendo realmente minuto a minuto. En la oscuridad el aire está tan quieto que me parece que todas las cosas han salido de su estado de equilibrio y han sido arrancadas de su sitio. Habiendo perdido el centro de gravedad, lo único que hacen es vagar un poco de un lado para otro, sin hacer ruido, y están a punto de precipitarse de todas partes y asfixiarme. En estas tormentas de miedo queda uno magnetizado, como un animal en putrefacción, y, de un modo distinto a como ocurre en los estados de bienestar y placidez desinteresada en los que todos los sentimientos juegan de un modo libre unos con otros, de una forma tiránica le acomete a uno el horror neutro, objetivo.

La descripción, naturalmente, no es más que un mero proceso mnémico; pero, por otra parte, tampoco es capaz de conjurar nada para la próxima vez; desde los estados de miedo, intentando una aproximación con las formulaciones más adecuadas posibles, esta descripción consigue un pequeño placer, un placer que se produce desde una beatitud de miedo y de recuerdo.

Durante el día, muchas veces tengo la sensación de que me están observando; abro puertas y miro para ver si es verdad. Cualquier ruido, al principio, lo siento como si fuera un ataque contra mí.

Pero a veces, trabajando en esta historia, me he hartado de tanta franqueza y de tanta honradez y he deseado ardientemente escribir algo en lo que pudiera mentir un poco y en lo que pudiera disfrazarme, por ejemplo, una obra de teatro.

En una ocasión, cortando el pan, se me resbaló el cuchillo, y me vino enseguida a la conciencia el modo como ella, por la mañana, cortaba pequeños trozos de pan y los metía en la leche de los niños.

Muchas veces, pasando por delante de los niños, con saliva les limpiaba rápidamente las ventanas de la nariz y los oídos. Yo siempre retrocedía dando un respingo, el olor de la saliva me resultaba desagradable.

Estando entre un grupo de gente que hacían una excursión por la montaña, una vez quiso apartarse para hacer sus necesidades. Yo me avergoncé de ella y lloré a moco tendido; entonces se contuvo.

En el hospital ella estaba siempre entre muchos, en grandes salas. ¡Sí, esto ocurre todavía! Allí, una vez, me estuvo apretando la mano un buen rato.

Cuando se había ocupado de todos y todo el mundo había terminado de comer, con un ademán de coquetería, se metía en la boca las pequeñas cortezas de pan que habían quedado.

(Naturalmente esto son anécdotas. Pero en este contexto las deducciones científicas serían igualmente algo anecdótico. Las expresiones son todas ellas demasiado suaves.)

¡La botella de licor de huevo en el aparador!

El recuerdo doloroso de todos sus gestos cotidianos, sobre todo en la cocina.

Cuando se encolerizaba no pegaba a los niños, lo más que hacía era sonarles violentamente las narices.

Angustia mortal cuando uno se despierta por la noche y la luz del pasillo está encendida.

Hace algunos años tuve el proyecto de rodar con todos los miembros de la familia una película de aventuras que no tuviera nada que ver con ellos.

De niña era sonámbula.

Justo los días *de la semana* que coinciden con el día en que murió, sus angustias de muerte se me hacían especialmente vivas en los primeros

tiempos. El anochecer empezaba de un modo doloroso todos los viernes, y se hacía de noche. La iluminación amarilla de las calles del pueblo en la niebla nocturna; nieve sucia y olor apestoso del canal; los brazos cruzados en el sillón, delante del televisor; la última vez que vació la cisterna, dos veces.

Trabajando en la historia he sentido muchas veces que lo que mejor correspondería a estos acontecimientos sería escribir música. Sweet New England...

«Tal vez hay formas nuevas, insospechadas, de desesperación que no conocemos», decía el maestro de una escuela rural en una película de la serie *El comisario*.

En todas las máquinas automáticas de la región había un disco titulado POLKA DEL SPLEEN.

La primavera que se está anunciando, charcos de barro, viento cálido y árboles sin nieve, muy lejos, detrás de la máquina de escribir.

«Se llevó el secreto a la tumba.»

En un sueño tenía una segunda cara, pero también ésta estaba ya bastante gastada.

Era buena.

Luego, algo claro y luminoso: soñé que sólo veía cosas cuya vista me causaba un dolor insoportable. De repente venía alguien y simplemente les quitaba a estas cosas lo que tenían de doloroso, como si retirara UN ATAQUE QUE YA NO TIENE OBJETO. La comparación también era soñada.

En verano estuve una vez en la habitación de mi abuelo y miraba por la ventana. No había gran cosa que ver: un camino, atravesando el pueblo, subía hacia un edificio («Schönbrunn») pintado de amarillo, un antiguo restaurante, y allí daba la vuelta. Era un DOMINGO POR LA TARDE y el camino estaba DESIERTO. De repente tuve un sentimiento de amargura pensando en el que

vivía en aquella habitación y en que pronto iba a morir. Pero este sentimiento se suavizó con la idea de que su muerte sería una muerte completamente natural.

El horror es algo que pertenece a las leyes de la Naturaleza: el *horror vacui* de la conciencia. La representación se está formando en estos momentos y de repente advierte uno que no hay nada que representar. Entonces esta representación se cae como un personaje de dibujos animados que se da cuenta de que lleva ya mucho tiempo andando por los aires.

Más adelante escribiré algo más preciso sobre todo esto.

Escrito en enero-febrero de 1972

---

[1](#) Badenweiler es la versión germanizada de Badonviller, ciudad francesa de los Vosgos tomada por los alemanes el 12 de agosto de 1914. Georg Fürst compuso una marcha militar para conmemorar este acontecimiento; luego, en el III Reich esta marcha se utilizó en las festividades en las que se enaltecía la figura del Führer. (N. del T.)

[2](#) Siglas de la productora cinematográfica oficial del Tercer Reich. (N. del T.)

[3](#) Autor de un famoso libro de «normas de educación». (N. del T.)

[4](#) Artículo del Código Penal en el que se habla de los homosexuales. (N. del T.)

[5](#) En alemán una de las palabras para «psiquiatra» es *Seelenarzt* —es decir, «médico del alma»—; en este pasaje Handke subraya el elemento determinante de este compuesto para llamar la atención del lector sobre este componente del sustantivo. Lo mismo ocurre con «veterinario», *Tierarzt*, «médico de los animales». (N. del T.)

## Nota del traductor

La traducción literal del título de este libro, *Wunschloses Unglück*, «Desgracia sin deseos», no reproduce lo que Handke ha querido decir con aquel rótulo; es un juego de palabras que dice mucho más. Ello me ha llevado a buscar un juego de palabras castellano que exprese de un modo lo más aproximado posible la intención del autor. Aquel juego se basa en tres sustantivos y dos adjetivos alemanes:

*Glück*: felicidad, dicha, suerte.

*Unglück*: infelicidad, desgracia, infortunio.

*glücklich*: feliz, dichoso.

(al prefijo alemán *un-* corresponden los prefijos castellanos *des-*, *in-*).

*Wunsch*: deseo.

*wunschlos*: sin deseos, indiferente, apático.

Al lector alemán el título de este relato se le asocia, casi de un modo inevitable, a la expresión *ich bin wunschlos glücklich*, «soy tan feliz que ya no puedo desear nada más». De ahí que aquel lector entienda el título alemán así: una desgracia que ya no puede ser mayor; al que deseara la infelicidad de la protagonista ya no le quedaría nada más que desear.

Por otra parte, el significado del adjetivo *wunschlos* como ‘apático’, ‘indiferente’, da lugar a entender también el título alemán de esta manera: una desgracia vivida de un modo apático, indiferente, sin ni siquiera fuerzas para una defensa activa frente al infortunio. (Éste es el sentido que la traductora francesa, Anne Gaudu, reproduce con el título *Le malheur indifférent*, París, Gallimard 1972.)

Pues bien, el feliz hallazgo lingüístico de Peter Handke expresa a la vez estos dos sentidos. No me ha sido posible encontrar una frase castellana que consiga tal proeza y por ello he optado por el primero de los dos, que me ha parecido el más importante. La sorpresa que el lector alemán experimenta con

la combinación insólita del adjetivo y el sustantivo alemanes y con la asociación de ésta con la expresión coloquial a la que he hecho referencia antes he intentado reproducirla con el adjetivo «impeorable», no admitido todavía por la RAE, que se asocia, inevitablemente también, con el adjetivo «inmejorable». Con ello en mi título intento reproducir el matiz irónico, casi el sarcasmo, que encierra el rótulo alemán.

Por último, algo que, a mi entender, no carece de importancia: mi adjetivo «impeorable» quiere ser también una cita oculta de la última carta que escribió Antonio Machado, desde Colliure, el día 9 de febrero 1939, a José Bergamín. Allí leemos: «Después de un éxodo lamentable, pasé la frontera con mi madre, mi hermano José y su esposa, en condiciones impeorables» (v. Antonio Machado, *Epistolario*, Madrid, Edit. Octaedro, 2009, p. 403).

Título original: *Wunschloses Unglück. Erzählung*

Edición en formato digital: 2018

© Peter Handke 1972. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-039-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)